



Universidad de
San Andrés

Universidad de San Andrés

Escuela de Educación

Licenciatura en Ciencias de la educación

**La relación pedagógica entre el docente y el
estudiante**

Autor: Jerónimo Mañá Tabanera

Legajo: 27104

Mentora: Natali Savransky

Buenos Aires 5 de Agosto 2019

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
¿Cuál será el foco de la investigación?	5
CAPITULO 1: AUTORIDAD DEL EDUCADOR	8
¿Qué es la autoridad?	8
¿Sobre qué se funda la autoridad del educador?	9
Además de la autoridad desde “afuera” y desde “dentro” ¿Cómo es la autoridad del educador por ser el poseedor del conocimiento?	11
¿Cómo se relaciona la autoridad con el concepto de asimetría en los vínculos?	11
¿Es la obediencia una pérdida de libertad para el estudiante?.....	14
¿Es posible educar sin autoridad?	15
¿Cómo se da la autoridad en el nuevo mundo digital con estos alumno diferentes? 15	17
¿Cómo afecta la alianza escuela familia en la autoridad del educador?.....	17
¿Cómo reaccionan los educadores frente a la perdida de autoridad que otorgaban las instituciones y la adultez?	17
Frente a este panorama ¿Cómo puede el educador retomar la autoridad en la relación con los estudiantes?.....	20
¿Cuál es la autoridad que consideramos valiosa para la educación de las generaciones por venir?	21
CAPITULO 2: VÍNCULO PEDAGÓGICO	27
¿Qué atraviesa el vínculo pedagógico?	28
¿Cómo fue el vínculo educativo históricamente?	29
¿Por qué el ser humano busca conexión? ¿Por qué el educador busca cercanía con el estudiante, y el estudiante busca cercanía con el educador?	32
¿Qué herramientas tiene el educador para ayudar al estudiante?.....	36
Sobre el vínculo docente estudiante, ¿Cómo lograr un círculo virtuoso que lleve al estudiante a desarrollar lo que es?	37
La tutoría como un modelo del vínculo cercano con el estudiante	38
CONCLUSIONES	43
BIBLIOGRAFÍA	47
Anexos	50
Anexo 1: La mariposa de Austin.....	50

INTRODUCCIÓN

En la siguiente tesina nos proponemos analizar y reflexionar acerca de la relación pedagógica entre el docente y el alumno en el nivel secundario, un vínculo enmarcado por la interacción entre un adolescente o joven (estudiante) y un adulto (educador). A lo largo del trabajo concebimos al educador en el marco de su interacción con el estudiante y la enseñanza. Las escuelas las construyen los educadores que las habitan. El educador existe meramente gracias a la enseñanza, es por esto que su caracterización está atravesada por la relación con el estudiante. No podemos referirnos al rol educador fuera de la relación con el alumno. El hombre es ontológicamente en relación con otros, su ser es en relación *a* o en relación *con*, la relación no es un agregado posterior. Con esto, el educador es, específicamente, en su relación con el estudiante y con el saber.

Cabe aclarar en esta instancia que, al referirnos a la figura del educador nos remitiremos en la mayoría de las veces a la figura del docente -el profesor o enseñante que se dedica profesionalmente a la enseñanza. El docente es quien busca la transmisión de conocimientos a una persona con el fin de que éste adquiera una determinada formación. La relación del joven a educar con el adulto educador en el secundario es una relación que trasciende el aula y también se da entre el estudiante y los directores, los tutores, preceptores, portero, administrativos. El término educador incluye a toda persona que ejerce la acción de educar porque se encuentra dentro de la escuela. A fines de esta tesina, acotamos la mirada a lo que ocurre dentro del aula entre el profesor y el estudiante, pero reconocemos que todos los que integran la comunidad escolar colaboran en la formación del alumno.

La educación busca una formación destinada a desarrollar la capacidad intelectual, moral y afectiva de las personas de acuerdo con la cultura y las normas de convivencia de la sociedad a la que pertenecen. En este propósito, la figura del educador y sus modos resultan un componente clave para su realización. Emilio Tenti Fanfani (2007) sostiene que “son los educadores quienes deben cambiar su modos de relación con los estudiantes con el fin de fortalecer sus capacidades y de este modo mejorar sus probabilidades de éxito en la carrera escolar y el aprendizaje” (p.102).

Las relaciones pedagógicas que se ven en el aula están atravesadas por emociones complejas que tanto favorecen o perturban el proceso de enseñanza-aprendizaje, por lo tanto, de alguna manera u otra, inciden en la educación.

Merieu (1998) sostiene que la educación las relaciones pedagógicas son necesarias y siempre existirán ya que nadie puede darse vida a si mismo. El autor afirma que son estas relaciones las que proveen los saberes, llámese: lenguaje, valores, costumbres, actitudes. Es en las relaciones pedagógicas que el educador introduce al educado al mundo. “El niño necesita, pues, ser acogido; necesita que haya adultos que le ayuden a estabilizar progresivamente las capacidades mentales que le ayudaran a vivir en el mundo, a adaptarse a las dificultades con que se encuentre y a construir él mismo, progresivamente, sus propios saberes.” (Merieu, 1998, p.23). Es en la relación pedagógica donde se introduce al estudiante al universo cultural.

Este vínculo educativo es un problema que nunca termina de analizarse ni definirse, ya que estamos hablando de un vínculo entre personas, y los vínculos son en su esencia complejos y dinámicos, se redefinen constantemente a medida que las partes del mismo van cambiando. Por lo tanto, el tema del vínculo pedagógico es central y actual en educación.

Ken Robinson -educador, escritor y conferencista británico- escribió: “...la base de la educación es la relación entre profesor y estudiante. Todo lo demás depende de lo fructífero que sea ese vínculo.” (2015, p. 112). La base fundamental del aprendizaje es la calidad de la relación docente y el estudiante y esta cuestión es la que proponemos abordar en esta tesina.

¿Cuál será el foco de la investigación?

Nos interesa centrarnos en la caracterización de un “buen educador” enmarcada en el vínculo educativo con el estudiante. La pregunta que buscaremos desglosar es: ¿Cómo es la relación pedagógica que favorece el aprendizaje en el estudiante?

En este marco, esta investigación pretende echar luz sobre cuáles son los aspectos que hacen de los educadores “buenos educadores” y de la educación, una “buena educación”. Para indagar esto, nos preguntamos más concretamente: ¿Cuáles son las características deseables de los educadores que favorecen el aprendizaje de los estudiantes?

Esta última pregunta que actuará de motor de la tesina va a estar atravesada por dos cuestiones que trataremos en los dos capítulos.

Un primer capítulo estará destinado a indagar sobre la dimensión de la autoridad docente. Nos preguntaremos ¿Desde dónde y con qué autoridad el educador se relaciona con el alumno y cómo afecta esto en su educación? ¿Qué rol cumple la autoridad del educador en pos de la educación del alumno?

El segundo capítulo se referirá a la relación pedagógica, es decir, al vínculo entre el docente y el estudiante. Nos preguntaremos: ¿Cuál es la lugar e importancia de la calidad del vínculo pedagógico del educador con el estudiante para promover el verdadero aprendizaje significativo y el desarrollo de sus capacidades? Cabe destacar que, en ambos capítulos, el desarrollo lo haremos a través de preguntas que consideramos pertinentes para el campo según lo que los especialistas en el tema plantean.

Existen innumerables estudios y escritos donde se enumeran características, cualidades o maneras esenciales, que deben tener, los “buenos educadores”. Intentaremos aproximarnos al tema buscando acercarnos a una definición de lo que consideramos un “buen educador”, intentando evitar encasillar y caer en “recetas” dando por cerrado el tema y presentando un modelo único del “buen educador”.

No recorreremos los conceptos con un afán aplicacionista, por lo contrario, buscamos explorar, reflexionar, hacernos preguntas. La exploración es un recorrido más humilde.

Tradicionalmente en el vínculo educativo entre el docente y el estudiante se encuentran tres elementos que conforman lo que se denomina triángulo pedagógico, el agente de la educación (centrado en los docentes), el sujeto de la educación (los estudiantes) y el contenido de la educación con el que ambos sujetos se relacionan (el saber). El sujeto

de la educación, el estudiante, debe aprender de manera ardua las maneras que establece aquella cultura en la que se encuentra. El agente de la educación, el docente, representa los saberes del mundo y la cultura, y busca transmitir los elementos de la misma a las nuevas generaciones, sujeto de la educación. El contenido de la educación, los saberes, es donde se articulan el sujeto y el agente.

Según Graciela Frigerio (2004) en la relación pedagógica el docente busca la transmisión de conocimiento. Lograr que el objeto a transmitir (los saberes) pasen del “transmisor” (docente) a aquel que se lo transmite (estudiante), esta es la razón de ser del vínculo entre el docente y el estudiante. La autora sostiene que un “buen docente” tiene como finalidad primordial llevar a cabo su función que es la transmisión de conocimiento hacia su destinatario. “La cuestión de la transmisión hace al corazón de la problemática educativa...” (Frigerio, p.9)

Educación es transmitir saberes, pero esto trasciende el traspaso de contenidos. La tesis parte del supuesto de que el buen educador requiere dos cosas para lograr una verdadera educación del alumno: el saber y su presencia. Un buen educador es una presencia que testimonia desde su autoridad que el saber puede ser amado y que despierta e impulsa al alumno más allá del saber, a desplegar todo su potencial como persona. Una verdadera educación no pasa únicamente por la transmisión de saberes. El educador no se presenta como el poseedor de saberes ante un alumno pasivo que recibe. El educador es una presencia que convoca al alumno en su camino de aprendizaje.

La tesis se encuentra estructurada en cuatro capítulos.

En el primer capítulo se presentará la introducción y presentamos el foco de la investigación.

En el segundo capítulo buscaremos responder a la pregunta sobre la autoridad del educador. Para ello pondremos a dialogar a varios autores sobre el tema, hablaremos sobre la autoridad que presentan los educadores hoy en día y sobre cuáles son los mejores caminos para vincularse desde una autoridad que permita al alumno educarse frente a una alteridad fundante.

En el siguiente capítulo focalizaremos en el vínculo pedagógico, tema que consideramos central para la educación.

En cuarto y último capítulo se retomarán las preguntas y nos permitimos avanzar en algunas reflexiones a modo de cierre y conclusiones de la presente tesina.



Universidad de
SanAndrés

CAPITULO 1: AUTORIDAD DEL EDUCADOR

En este capítulo abordamos el concepto de autoridad comenzando por el sentido etimológico de promover al otro, en nuestro caso, el estudiante. En primer lugar, se definirá el concepto de autoridad y sus sentidos en la educación. En segundo lugar, nos preguntamos cómo es y sobre qué se funda en la actualidad la autoridad del educador, una autoridad contemporáneamente en declive. En tercer lugar, complejizamos sobre la relación de la autoridad con otros conceptos como la asimetría y la obediencia, una obediencia que tiene íntima relación con la libertad del estudiante, a raíz de indagar sobre la coerción de libertad a manos de la autoridad nos preguntaremos si es posible educar sin autoridad. Después, nos preguntamos cómo es que se presenta la autoridad en esta era digital, en las instituciones y roles modernos, y cómo la alianza de la escuela y la familia se encuentra afectada. Frente a esta pérdida de autoridad de los roles de por sí (entre ellos, el rol del adulto) y los discursos, nos preguntamos de qué manera el educador puede resignificar la autoridad. Concluiremos indagando sobre que autoridad es aquella a la cual apuntamos para que se haga cargo del futuro de la educación.

¿Qué es la autoridad?

La autoridad es la posibilidad que tiene un agente de actuar sobre los demás, sin que esos reaccionen contra él, pero siendo totalmente capaces de hacerlo. “La autoridad es, pues necesariamente una relación (entre agente y paciente): es, entonces, un fenómeno esencialmente social (y no individual); es preciso que existan dos, por lo menos, para que haya autoridad.” (Kojève, 2005, p. 36)

Analizando la definición de Kojève de autoridad podemos afirmar ante todo que el concepto existe solo en relación a un vínculo entre personas.

Entendemos por autoridad pedagógica el poder que posee el educador en una relación asimétrica que promueve el crecimiento del estudiante.

Autoridad etimológicamente viene del latín *auctoritas*, se derivó de *auctor*, cuya raíz es *augere*, que significa aumentar, promover, hacer progresar. Desde el punto de vista etimológico, autoridad es una cualidad creadora de ser y de progreso. El concepto de autoridad tiene comúnmente una connotación más negativa y no se lo relaciona con el

crecimiento y progreso del otro. El sentido etimológico de la palabra autoridad implica un bien para el otro y es el que en la tesina buscamos retomar.

La autoridad se relaciona equívocamente al uso excesivo y desordenado de poder que han presentado y presentan personas de la cultura a través del tiempo. Estamos hablando de un uso de poder íntimamente relacionado con elementos violentos donde una persona pierde su libertad a través de la coerción, la represión y el dominio. En la autoridad pedagógica puede presentarse un mal uso del poder donde prevalece una mirada del educador que tiene al estudiante como “objeto” y de este modo predomina la violencia y dominación. La verdadera autoridad no es fuerza ejercida, es más, como veremos lo único que muestra la utilización de fuerza es la falta de verdadera autoridad.

La autoridad es un concepto que va mas allá de sí mismo, puesto que la verdadera autoridad conduce a la transmisión, el reconocimiento, la confianza y la emancipación del otro.

¿Sobre qué se funda la autoridad del educador?

Actualmente la autoridad del educador fundamentada en la posición, el cargo y la jerarquía se encuentra en declive. Entre todas las instituciones que en la modernidad están en declive se encuentra la escuela como institución educativa (Dubet, 2006).

La escuela no se encuentra en declive en cuanto a la matrícula, afirma Dubet, por lo contrario, hay más gente en el sistema educativo (tanto estudiantes como educadores) que nunca antes en la historia, por ende el declive mencionado es de los roles educadores dentro de ella y la palabra autorizada de la escuela como institución reconocida por la sociedad. No es solo la institución educativa aquella que se encuentra en declive en cuanto a estos aspectos. El declive de las instituciones, los roles, las figuras, se da en todas las instituciones y en todas las sociedades. Una de las principales causas del declive del oficio docente es lo que se denomina el “estallido del rol”. Este refiere a la idea de que antes el docente se encontraba protegido por una competencia institucional, que le garantizaba cierto grado de legitimidad, organizando su experiencia laboral (Dubet, 2006, p. 357).

Muchos otros autores tratan este mismo tema planteando algo similar a Dubet. El filósofo francés Lyotard en *La condición postmoderna: informes sobre el saber* (1993)

sostiene que los discursos, los grandes relatos, que predominaban en la modernidad como el progreso entre otras cosas a través de la tecnología y la patria caen con la postmodernidad. El discurso escolar también cae, y con él la autoridad exterior del educador.

En el pasado la escuela tenía una lealtad ciega de parte de la sociedad, “Hubo un tiempo en el que ir a la escuela y rezar era lo mismo” (Recalcati, 2016, p. 29). La autoridad del docente quedaba garantizada por la tradición en la que se apoyaba. La relación entre el profesor y el estudiante se encontraba fuertemente jerarquizada y fuera de toda discusión. El autor llama la escuela-Edipo aquella donde el docente era sustituto de la figura del Padre y el estudiante en condición de hijo era instruido y educado como si fuera cera a la que hay que darle forma. Es una autoridad justificada de manera racional, legal y argumentada que es característica de las escuelas tradicionales del pasado.

Hoy en día la autoridad no es algo dado por la escuela como institución, por la sociedad, por el sistema. Durante mucho tiempo fue de este modo, la autoridad del docente venía dada por el cargo ejercido. Hoy ya no es así, estamos en una época de crisis del discurso educativo (Reccalcatti, 2016). La escuela dejó de fabricar vidas ordenadas como parte fundamental de un sistema disciplinario. Recalcati en el inicio de su libro *La hora de clase* nos dice sobre la escuela, “Su prestigio simbólico se ha debilitado, se ha marchitado, su masa se ha vuelto blanda.” (2016, p. 17)

El docente que se encontraba protegido por el oficio, por la Institución, la creencia y legitimidad de sus valores; hoy se encuentra desprovisto, frente a un trabajo que le demanda una reconquista de autoridad desde su persona. Es decir, ya no se trata de esa autoridad de “afuera”, sino de “adentro”, de la persona en sí misma que ocupa el rol del docente. La autoridad es una combinación entre ambas pero aquí focalizaremos en la autoridad de “adentro” en aquella aquella autoridad que se construye y se “conquista” con la tarea, con la capacidad y por sobre todo con el ser del educador.

¿Si la autoridad no viene otorgada desde “afuera” qué es lo que ocurre? Dubet (2006) plantea que los educadores hoy en día “deben justificar y conquistar una autoridad que su rol ya no les proporciona de manera automática y trascendente.” (p. 427). La figura del educador era respetada por la sociedad en su conjunto. Era una autoridad para los niños pero también para la familias, los padres aceptaban lo que el docente decía sin cuestionar. En la actualidad la realidad es distinta, estudiantes y familias cuestionan y muchas veces enfrentan lo que dicen

y hacen en la escuela. El educador ha la autoridad que tenía solo por portar el rol del docente o maestro, hoy en día debe ganarse la autoridad en la relación con el estudiante frente a muchas adversidades.

Además de la autoridad desde “afuera” y desde “dentro” ¿Cómo es la autoridad del educador por ser el poseedor del conocimiento?

La autoridad del educador se derivaba también del hecho de ser él el poseedor del conocimiento. Alejandra Scialabba (2006) plantea que el docente tiene nuevas demandas porque el contexto mundial cambió totalmente. Antes el educador era el único soporte de conocimiento. En la actualidad, en cambio, el estudiante obtiene conocimiento en todas partes. Hoy en día debido a los celulares, el internet, la tele, la radio, etc, el educador dejó de tener el monopolio del saber. Esta transformación a nivel social y mundial ha hecho que se vea afectada la asimetría entre el docente y el estudiante. El docente perdió legitimidad, “Ya no hay un adulto que sabe y un niño cuya única fuente de conocimiento es el maestro” (Scialabba, 2006, p. 102).

“Siempre que un profesor entra en el aula tiene que lidiar con su propia soledad, con un vacío de sentido entre cuyos límites se ve obligado a medir su propia palabra. Lo mismo ocurre en el seno de las familias, donde la autoridad de la palabra del padre no se transmite ya como un hecho natural, sino que debe ser reconquistada en cada ocasión desde el principio.” (Recalcati, 2016, P.12)

Incluso, los propios adultos cada vez creen menos en su palabra. Cuando se dirigen a los niños se dirigen sin la autoridad de educadores. “Nuestra palabra autorizada se desplaza hacia una espacio más ambiguo, impreciso y borroso.” (Narodowski, 2006, p.27).

¿Cómo se relaciona la autoridad con el concepto de asimetría en los vínculos?

El problema de la caída de la autoridad de los educadores se haya íntimamente relacionado con la pérdida de la asimetría en la relación entre el educador y el educando. Los educadores se tutean, se convierten amigos de Facebook y llevan los mismos tatuajes que los estudiantes. Desde este punto de partida es que cuesta encarnar la asimetría (Narodowski, 2006). Es difícil pararse frente a una clase con este punto de inicio.

El tema de la falta de asimetría es tomado también por Recalcati que afirma: "...en la pérdida de la diferencia y, por tanto, en la ausencia de adultos capaces de ejercer funciones educativas y de establecer la alteridad que hace posible el choque que se halla en la base de todo proceso de formación." (Recalcati, 2016, p. 42)

La realidad en la que vivimos es que el adulto/educador no es visto como una alteridad fundante, no se siente como aquel que contiene, define y autoriza una relación pedagógica.

Narodowski postula en su libro *Un mundo sin adultos* que hemos dejado el espacio del adulto para los jóvenes vacío. La voz de los adultos se ha comenzado a callar. Narodowski (2006) escribe sobre "infancias que habitan las calles sin adultos" (p.26) que podría entenderse también como estudiantes que habitan las escuelas sin figuras adultas como lo supieron ser los educadores.

Dubet (2006) refiere al deseo de autonomía y de libertad del estudiante y de la posibilidad de transformar la escuela en una institución democrática, pero afirma que la escuela no es una democracia porque para serlo habría que trabajar entre iguales. "Los estudiantes no pueden ser los pares de los maestros en tanto son estudiantes" (p. 447). No hay igualdad, siempre existe una asimetría. La desigualdad que se destaca en la relación del estudiante con el educador no es de inteligencia o capacidades sino es en cuanto al rol que cumplen.

El autor sostiene que son pocos los que piden una verdadera igualdad dentro de la escuela porque esto terminaría disolviendo la capacidad de protección de la institución. "Si el maestro y el estudiante fueran pares, el primero ya no tendría la responsabilidad sobre el segundo y el deber de protegerlo" (Dubet, 2006, p. 447). Si bien el centro de la educación está en el estudiante el papel del docente es indiscutible, este es una presencia muy importante para el estudiante porque el educador se encuentra por delante en el camino de la vida.

En el vínculo educativo necesariamente tiene que haber un orden, toda persona anterior en el tiempo tiene mayor jerarquía por sobre el posterior. Si este orden se quiebra o borra no solo se afecta el aprendizaje sino también la construcción de la identidad del otro, se produce un vacío. Los estudiantes se encuentran frente a una gigante falta de sentido.

Podemos concluir que una relación de autoridad es constituyente en la educación de un individuo. Para lograr una verdadera educación es necesario la presencia de una clara autoridad pedagógica.

¿Cuál es la relación de la autoridad con la obediencia?

La palabra obediencia etimológicamente quiere decir ir escuchando. Ser obediente significa ir escuchando lo que la realidad va planteando. La obediencia viene emparentada con la confianza.

Cuando nos enfrentamos a un cuerpo enfermo y vulnerable ante todo reconocemos el llamado a escucharlo en los síntomas que se presentan. En ese momento de vulnerabilidad es que recurrimos a un médico al que le concedemos autoridad. Si el médico nos dice que tomemos un remedio o sigamos determinado tratamiento comúnmente confiamos y obedecemos buscando nuestro bienestar. Le otorgamos autoridad al médico por dos razones, en primer lugar por su rol le atribuimos conocimientos que nosotros no poseemos y lo consideramos un experto con respecto a la salud del ser humano frente a nuestra ignorancia sobre el tema. En segundo lugar, el médico y el paciente reconocen el propósito de la relación y le encuentran sentido. La relación se enmarca en un consultorio o sala médica con un claro objetivo común de preservar el bienestar y salud del paciente. Por todo esto el paciente considera al médico una autoridad y confía en el seguimiento y procedimiento que propone y lo obedece.

En el vínculo entre el educador y el estudiante aparecen elementos similares. Es la confianza del estudiante en las buenas intenciones del educador la que permite al estudiante mostrarse vulnerable. En esta vulnerabilidad el estudiante logra crecer y reconocer saberes y un trayecto más recorrido del educador. En la relación que se enmarca en el ámbito escolar lo primordial es que el estudiante le encuentre el propósito y sentido a aquella relación que tiene con sus educadores. Si ambos actores reconocen puntos en común la confianza y obediencia viene después.

¿Es la obediencia una pérdida de libertad para el estudiante?

Antelo (2004) alerta sobre los peligros de la autoridad y afirma que debemos cuidarnos de una autoridad que implique la renuncia de libertad de los estudiantes y que no promueva un estudiante competente, capaz y con una iniciativa siempre viva y pro-activa.

Ehrenberg (1998) toma este mismo aspecto y afirma que la obediencia es algo de lo que no se puede escapar. Plantea que vivimos en una cultura de la iniciativa más que de la obediencia pero se pregunta si acaso no vivimos sumergidos en una obediencia a la iniciativa. Quizás no haya una necesaria serie de normativas externas que digan cómo y qué es ser productivo, pero sí es una normativa de ser productivo de la que nadie escapa.

El declive de la normativa externa basada en la posible represalia (las sanciones disciplinarias), crea una nueva normativa externa basada en la responsabilidad del uso de las facultades de “ser uno mismo”, una autonomía personal que obre en favor de la productividad. Antelo (2004) hace un cuestionamiento válido al decir que el sometimiento del estudiante ante el educador produce lo contrario de aquello que se busca y anhela hoy en día. Pero Ehrenberg (1998) nos advierte sobre los riesgos de lo que plantea la cultura actual. El entorno en el que están insertos nuestros estudiantes presenta una peligrosa voz interna que repite “vos podés, no podés no poder, solo hazlo”. Esto se ve abiertamente en *slogans*, propagandas y publicidades como el “Just do it” de Nike o “Impossible is nothing” de Adidas (Antelo, 2004).

Primero cae la autoridad que encuentra su legitimidad en la consciencia de la posible represalia e incluso toda autoridad que se halle por sentada en el rol, más allá de las competencias. Luego de este declive, siguen funcionando otras autoridades externas que conforman una nueva autoridad suprema: el Superyó. El superyó es nuestra propia cabeza diciéndonos que somos los únicos responsables tanto de nuestro fracaso como de nuestro éxito.

Este joven, preso de los resabios de la cultura pasada, y de la normatividad que exige hacer algo productivo con uno mismo, se encuentra en guerra consigo mismo, quien ahora no puede reposar en una serie variada de mandatos escolar y que debe suplementarse a sí mismo para lograr el único mandato de la productividad.

¿Es posible educar sin autoridad?

Estanislao Antelo y María Aleu cuestionan la necesidad de autoridad en la figura del educador al preguntarse: “¿Por qué los niños y jóvenes que habitan nuestras escuelas deberían refrenarse, someterse, doblegarse o inmovilizarse, cuando anhelamos exactamente lo contrario: incentivarlos, estimularlos, motivarlos, hacerlos capaces y competentes?” (s/f, p.1).

Los autores reconocen que hoy en día existe un profundo cuestionamiento y una real falta de autoridad y esto para muchos “parece ser una auténtica tragedia”, pero ambos le ponen un freno a esta excesiva preocupación por la autoridad inexistente y por las consecuencias que esto trae en la escuela en la que todo parece estar permitido. Frente a esto, afirman, muchos buscan el retorno de los límites y la mano dura. Estos autores dicen “no perder sus cabezas” por no poder sujetarse a la figura de autoridad y en este sentido se enfrentan a Alexander Kojeve (2005) que en su definición de autoridad lleva implícita la renuncia consciente de una posibilidad de reaccionar por parte del estudiante que realiza un sometimiento consentido a las reglas y a los valores, consentimiento que luego lo convertirá en hombre libre.

¿Cómo se da la autoridad en el nuevo mundo digital con estos alumnos diferentes?

Parte importante de la falta de autoridad en la figura adulta, en la relación pedagógica, es que los chicos y jóvenes nacieron en un mundo que los adultos no conocen y que les resulta ajeno. Los jóvenes de hoy son divergentes, creativos e inquietos y no encajan en la escuela tradicional que persiste hoy en día.

Nos encontramos ante un gran quiebre generacional entre los estudiantes y sus educadores. “Nunca antes la generación joven fue tan distinta a la de sus padres y abuelos.” (Rivas, 2014, p. 118). Un joven pre adulto entre 19 y 29 años que nació entre 2000 y 1990 puede fácilmente reconocer ser una generación totalmente distinta a la de sus padres debido a haber experimentado la adolescencia con las computadoras, la conexión y estar rodeado de videojuegos. Además de esta brecha que se denota en estos jóvenes pre adultos con sus padres se puede dilucidar otra brecha entre esos mismos jóvenes con niños que nacieron después del 2000 con internet no solo en todas las casas sino en las manos de todos los

individuos, en nuestro celular. Infantes que antes de decir “hola” aprenden a desbloquear celulares, sacar fotos, saltar anuncios de Youtube y demás. “Hoy vivimos una aceleración sin precedentes en la historia. De una generación a otra, el entorno cultural cambia radicalmente, hasta el punto que la transmisión por impregnación se ha hecho, en muchas familias, particularmente difícil.” (Meirieu, 1998, p. 21)

Con el avance de la tecnología las generaciones que se diferencian sustancialmente una de otra son cada vez más cortas. Toda la juventud y los niños de la actualidad forman parte de la generación digital, es decir, que crecieron con la televisión, el celular, la computadora y los videojuegos. Estos son alumnos críticos y exigentes. Jóvenes inteligentes y rápidos (Tapscott, 2009), jóvenes que muestran un gran compromiso con la justicia y los problemas sociales.

“Ellos son los iniciadores, colaboradores, organizadores, lectores, escritores, autenticadores, e incluso estrategas, como en los videojuegos. Ellos inquietan, discuten, argumentan, juegan, compran, critican, investigan, ridiculizan, fantasean, buscan y se informan.” (Rivas, 2014, p. 119)

Existen miradas positivas del aprendizaje en los niños y jóvenes de la generación digital como la de Rivas y Tapscott, y otras miradas, como la de Carr (2010), que recalcan el lado más oscuro de estos nuevos estudiantes sosteniendo que sus mentes se encuentran apesadas por impulsos intensivos, interactivos y adictivos que anulan gran parte de las capacidades reflexivas. Los jóvenes de la generación digital, afirma el autor, pierden la concentración y son incapaces de profundidad. Aprenden un poco de todo pero no logran leer una novela extensa.

Las escuelas y los educadores que no reconozcan esta nueva vida de sus estudiantes, esta nueva realidad, este nuevo modo de acceder al conocimiento, estos nuevos modos de relacionarse con el mundo, aquellos que no sepan leer los cambios vertiginosos que se suceden, perderán contacto con la realidad y por lo tanto dejarán de tener peso y relevancia en la vida y en la educación de sus alumnos.

Si el estudiante no encuentra una relación de continuidad y de sentido entre lo que sucede dentro y fuera de la escuela puede sentir sentirá un quiebre que lo lleve a sentir que su vida queda entre paréntesis durante las horas que esté dentro de la escuela y por ello querrá que el tiempo dentro de la escuela pase lo más rápido posible. El educador se queja

de este estudiante que está inquieto, poco o nada motivado y que no responde, y no sabe qué hacer con él. Los padres reciben la queja de los educadores, pero tampoco saben qué hacer. En la desconexión y la pelea entre la escuela y la vida real todos los actores salen perdiendo, principalmente, los estudiantes.

¿Cómo afecta la alianza escuela familia en la autoridad del educador?

Para que la educación sea tal y el educador posea la autoridad necesaria para realizar su tarea es necesario que exista una alianza entre la familia y la escuela. Cuando los padres del estudiante confían en el educador le otorgan un espacio de autoridad y alteridad fundante que hace posible el vínculo pedagógico. Cuando por el contrario no confían la autoridad del educador cae. Aun cuando no está hablado explícitamente el joven percibe lo que sus padres piensan; si la escuela no sirve, si se encuentra en el pasado, si no vale tanto la pena escuchar a los docentes o si la educación es un fracaso. Pueden los padres estar en lo cierto en algunas o en muchas cosas, pero es a través del diálogo y de la confrontación constructiva que se logra avanzar. La falta de confianza por parte de la familia pone al alumno en un conflicto de lealtades. Por un lado se encuentran sus padres y en la vereda de enfrente está la escuela. Entre unos y otros el estudiante elige a su familia. Si la escuela pierde el vínculo de confianza con la familia el educador pierde autoridad y sin autoridad no es posible conseguir una verdadera educación. (Narodowski, 2016).

¿Cómo reaccionan los educadores frente a la pérdida de autoridad que otorgaban las instituciones y la adultez?

Frente a esta pérdida muchas relaciones de educadores y estudiantes pasan a ser a ser en gran parte a través del poder. Un poder arbitrario, autoritario, ejercido a través de aprobaciones, desaprobaciones, sanciones y castigos que generan relaciones de tensión, de sometimiento y sumisión algunas veces, otras veces de desprecio, de falta de respeto o de violencia. En este modo de vincularse los docentes piensan que los estudiantes los amenazan y los estudiantes piensan que los docentes los desprecian.

El autoritarismo o la autoridad ilegítima se diferencia de la verdadera autoridad y es una fuerza mal ejercida que necesita de un sistema de castigos inagotables. Cuando la

autoridad es ejercida a través de un sistema exclusivamente correctivo estamos frente a un fracaso de ella. En la escuela de hoy no encontramos violencia física del modo que se presentaba en la educación de los siglos anteriores. Aún así siguen presentes signos de una violencia más sutil que no deja de ser violencia, llámese, excluir a un estudiante, no escucharlo, ignorar sus preguntas, reprobalo sin explicarle el porque, expulsar a un alumno, etiquetarlo de vago, irresponsable, etc.

La pérdida de la verdadera autoridad lleva a la escuela a tener que manejarse exclusivamente con la aplicación estereotipada de reglamentos para conservar un orden aparente. “Cuando la autoridad tiene que ver con la aplicación mecánica de reglamentos internos los profesores y los estudiantes lo perciben como una mera técnica de preservación del orden.” (Dubet, 2006, p. 178)

Hay un lado oscuro y sin sentido de cientos de órdenes que atraviesan constantemente la relación cotidiana entre el educador y el estudiante. En la realidad los estudiantes que se encuentran hoy en la escuela entran en discusión con el educador por los infinitos mandatos vacíos de sentido que reciben los estudiantes durante el transcurso de un día: hagan silencio, formen filas, quédense quietos, no se paren, no jueguen, no se rían, no hablen, no corran, no pregunten.

El educador recurre a todas estas acciones porque el primer foco en las escuelas termina siempre siendo el cumplimiento normativo para alcanzar el orden que en teoría aseguraría el procesos de enseñanza y aprendizaje.

En este sentido, resulta relevante revisar las ordenes que no están ancladas a un sentido profundo educativo, o que hicieron sentido en una determinada época y hoy ya no lo hacen. Existen una forma de autoridad que empodera a los estudiantes y los hace capaces y competentes sin forzarlos a seguir reglas que resultan absurdas o que no comprenden su razón de ser.

A continuación abordamos distintas respuestas de los estudiantes frente a la escuela de los reglamentos y de los docentes que se imponen de manera autoritaria. Generalmente el docente autoritario tiene una concepción pasiva del alumno y se relaciona con él a través del miedo y sumisión. (Oboils, 2006). Algunos estudiantes se dejan llevar y buscan contentar al docente evitando de este modo el conflicto, e intentando aprobar la materia, o el año escolar, o simplemente buscando no ser expulsados. La escuela pasa de este modo a ser un

lugar burocrático donde los estudiantes buscan pasar de año para finalmente obtener un título. Los usuarios van a ella solo por las credenciales que otorga, esto habla claramente de una corrupción de lo que la escuela es (Dubet, 2006).

Algunos estudiantes se resisten ante el autoritarismo del docente. “Lo normal es que la persona que se construye frente a nosotros no se deje llevar, o incluso se nos oponga, a veces, simplemente para recordarnos que no es un objeto en construcción sino un sujeto que se construye” (Merieu, 1998, P.73).

Aquellos que no se dejan llevar son considerados estudiantes visiblemente problemáticos para el curso de la clase. La posición del educador frente a los estudiantes problemáticos es comúnmente buscar de cualquier modo que éste este quieto, callado y se adapte a las circunstancias propuestas. El estudiante buscará saber cuales son los límites del educador para ponerlo a prueba, de este modo se producirá un enfrentamiento y el conflicto se agudizará.

Una resolución tentadora es excluir al estudiante problemático que impide lograr el clima necesario para poder enseñar y trabajar en clase. La exclusión de un estudiante de una clase o de una escuela es un grave daño para el estudiante y un estrepitoso fracaso para los educadores. Entre cientos de cosas, la exclusión “...sella un abandono: los alumnos más desfavorecidos, los que no han tenido la suerte de aprender, gracias al entrono familiar, las claves del éxito escolar, son los que pagan el pato; su exclusión de la escuela se suma a sus desventajas sociales y los devuelve a la calle, donde su futuro puede ser negro. Por eso ningún educador digno de ese nombre puede aceptar la exclusión como solución a sus dificultades.” (Merieu, 1998, p. 74).

La exclusión sella un abandono y nada es más terrible en la constitución de una persona que el abandono. Aquellos a quienes se les ha confiado el cuidado del estudiante consideran que no pueden o no quieren hacerlo y se deshacen de él asumiendo que algún otro se hará cargo. La herida de esta vivencia tiene un costo para ese niño o joven difícil de evaluar. Su futuro nos dice el autor, es negro.

La relación entre el educador y el estudiante basada en el poder y el autoritarismo es una donde “Ambos actores se aferran a sus posiciones respectivas...”. No importa quien gana la batalla tanto el educador como el estudiante acaban exhaustos. (Merieu 1998).

Frente a este panorama ¿Cómo puede el educador retomar la autoridad en la relación con los estudiantes?

Uno como persona se gana la autoridad de otra persona ante todo desde lo que es. Ser quien es de manera auténtica y transparente es lo que concede autoridad. No hay pretensión de perfección en la relación del educador con sus estudiantes, los jóvenes estudiantes buscan en el educador adulto la presencia verdadera. En el caso de la relación pedagógica la autoridad también se gana desde el vínculo personal comprometido y apasionado que el educador tiene con el saber que busca transmitir.

La autoridad legítima (Dubet, 2006) se basa en valores compartidos y comunes, esto es tener en claro porque y para qué están juntos, que en este caso es que se encuentran juntos para la educación del estudiante, esto no implica perder la asimetría necesaria para establecer la alteridad fundante. Si el estudiante y el educador se encuentran en la misma página podrán avanzar hacia una relación en la que se da una autoridad legítima que favorece la educación.

La confianza en el educador hace que el estudiante le otorgue autoridad. La autoridad, ya lo hemos dicho, se gana.

Dubet (2006) señalaba que: “El reconocimiento es tan indispensable pues con el retroceso del programa institucional la energía ya no proviene de lo alto, de los dioses y de la jerarquía, sino de lo bajo, de uno mismo” (p. 374). Esta es la consecuencia de lo que anteriormente desarrollamos como la caída de la autoridad legitimada en la consciencia de la posible represalia. Todas las variables que antes eran controladas, o intentaban serlo, por la cultura del “debe ser” de los adultos, y que en muchas ocasiones eran acatadas sumisamente por quienes temían ser castigados o adoraban ser premiados, quedan en manos solo y únicamente de cada individuo. De modo tal que se quebrantaron los pares estereotipados más clásicos de autoridad-obediente, docente-estudiante. Una masa heterogénea de niños y adolescentes irrumpió en las escuelas cuestionando el orden preestablecido y disminuyó la brecha entre adultos y jóvenes.

El trabajo del docente parece haber dejado de estar vinculado al oficio o al rol, para dar lugar a la personalidad como componente fundamental. En parte es cierto que el docente ahora debe “obtener la adhesión subjetiva de los estudiantes”, el compromiso docente no es con el contenido o con la enseñanza, sino directamente con el estudiante, al cual debe convocar.

¿Cuál es la autoridad que consideramos valiosa para la educación de las generaciones por venir?

Un estudiante puede hacer caso al mandato de un profesor de leer determinado autor que no hubiese leído si no se lo ordenaban, debido a que confía en el educador (y porque de alguna manera reconoce la propia demanda de una autoridad que lo guíe). Vuelve aparecer el tema de la confianza. Por otro lado, probablemente ese mismo estudiante no acate las ordenes de irse afuera del aula o vestirse o comportarse de determinada manera. La autoridad actual se presenta de este modo. Ehrenberg plantea el desafío de la sociedad contemporánea y de los actuales educadores y afirma “El objetivo es permitir a las personas resolver sus propios problemas por ellas mismas, pero acompañadas de manera múltiple en sus recorridos” (1998, p. 265).

Beatriz Greco (2007) toma el libro *El maestro ignorante* de Jaques Ranciere para presentar el concepto de autoridad. La autora critica la autoridad del maestro fundada en el saber. Sugiere un maestro que retira su inteligencia del juego y deja hacer a la inteligencia de los estudiantes su propio trabajo. Pone en cuestionamiento la lógica de inferioridades y superioridades que predomina en la educación tradicional.

El maestro ignorante de Ranciere (2003) relata la historia de Joseph Jacotot y una experiencia suya de enseñanza en el siglo XIX que puso en jaque la manera tradicional de educar. Jacotot, profesor de literatura francesa en la Universidad de Lovaina, por azar se encontró viviendo una aventura intelectual. Muchos de sus estudiantes no sabían hablar ni leer francés y él no sabía hablar holandés, por ende la lengua le impedía enseñar lo que se pedía a sus estudiantes. Jacotot halló una edición bilingüe de Telémaco y se la hizo llegar a los estudiantes pidiéndoles que lean el texto en francés con la ayuda de la traducción, y que escriban en francés lo que habían entendido de lo leído. Jacotot los deja solos con el texto, su traducción y con la voluntad individual de los alumnos para realizar la tarea. Privados de sus explicaciones Jacotot como profesor imaginó un fracaso de parte de los estudiantes, pero para su sorpresa estos superaron la situación. “No les había explicado la ortografía ni las conjugaciones. Habían buscado por su cuenta las palabras francesas que correspondían

a las palabras conocidas (...) Habían aprendido solos a combinarlas para luego construir oraciones francesas...” (P. 23).

Jacotot se replantea el recurso más utilizado por los docentes en la enseñanza: la explicación docente y concluye que la conducción de los estudiantes de la ignorancia hacia el saber no está vehiculizada por la explicación.

Jacotot invierte el sentido común de la relación pedagógica del maestro con el ignorante. No ejerce la inteligencia para con el ignorante del saber. Greco (2007) sostiene que Jacotot sin embargo es una verdadera autoridad. Rescata que él como educador es una voluntad que dirige al ignorante para que haga su camino y ponga en marcha la capacidad que ya posee. El estudiante es el protagonista de su aprendizaje pero el educador sigue teniendo un rol importante aun desde la “ignorancia” como sucede en la experiencia educativa de Jacotot. Destaca que Jacotot no es ausencia, ni indiferencia, ni desinterés. “Los estudiantes habían aprendido sin maestro explicador, pero no por eso sin maestro.” (p. 35)

La experiencia de Jacotot nos muestra que es posible aprender sin un maestro explicador, el maestro “habla, relata, dice su pensamiento, narra su aventura (...) se hace presente ante el estudiante con su palabra, sus preguntas, su deseo, su ignorancia (...) su propia emancipación.” (Greco, 2007, P.11). El estudiante necesita de un maestro, que es autoridad, cuando su voluntad no es suficiente para mantenerse en el camino.

Pensar la autoridad pedagógica de esta manera implica que el educador incentive, estimule, motive estudiantes competentes sin requerimiento de sometimiento o doblegamiento. El maestro ignorante es presencia que espera, escucha, pide explicaciones, da la palabra. “su palabra y sus silencios, una alternancia de presencias y ausencias, la continuidad de su acción y un vacío necesario para que el otro se haga presente con su pensamiento.” (Greco, 2007, P.11). Esta última cita que habla de la alternancia entre presencias y ausencias de parte del educador complementa la definición de Kojève donde autoridad supone la renuncia consciente del accionar. El educador reformula su autoridad y la ubica no en la tradicional superioridad que requiere inmovilización del estudiante pero si con una asimetría fundante que no tape sino mas bien promueva el progreso del estudiante que le permite transformarse en un ser más libre que muestra y pone en acción su propio pensamiento.

Cuando uno está en presencia de un maestro al que le he conferido autoridad nace naturalmente un deseo de estar cerca. Se inicia un movimiento interno que abre a la indagación a la búsqueda. El buen maestro convierte el conocimiento o el saber en un objeto de deseo.

Recalcati (2016) toma la figura de Sócrates para hablar de la actitud del vínculo entre el maestro y discípulo. En el *Banquete* de Platón, Agatón que es quien organiza el banquete frente a la llegada tardía de Sócrates le dice: “Aquí, Socrates, siéntate a mi lado, para que, en contacto contigo disfrute yo también de ese sabio pensamiento que se te ocurrió en el portal.” (Recalcati, 2016: p. 49) Agatón quiere estar cerca del maestro para absorber el saber, lo que anima a Agatón y a todo estudiante es que en la relación con su maestro va a adquirir el saber.

Primer elemento a destacar de la escena es el movimiento inicial de Agatón, reconocer ese saber que hay, que carece y quiere poseer. Es fundamental la acción de ponerse en movimiento para alcanzar el conocimiento.

Agatón, al igual que muchos, quiere que el conocimiento por encontrarse cerca de Sócrates se pase de uno a otro como se trasvasa el vino de una copa a la otra. A esto Sócrates con conciencia de su ignorancia y humildad responde que no hay tal conocimiento que el posea de manera tan resplandeciente y no hay manera de trasvasar de esa manera. No por sentarse al lado de Sócrates para absorber un saber que le pertenece a otro el conocimiento se va a trasvasar. Pero no existe una recepción pasiva del conocimiento, debe partir del movimiento del discípulo. El aprendizaje no se realiza por trasvase de una copa llena a otra vacía. No es una acumulación de significados o contenidos, el discípulo debe encarnar el objeto amado. Sócrates dice “Mira que no soy yo, sino tu el que estas lleno; mira que no encontrarás en mí lo que ya poses tu en grado notablemente mayor que yo.” (2016: p.52) Sócrates lo invita a Agatón a ir en busca de su propio saber. Sócrates, al igual que Jacotot, primero se identifica como “ignorante” y a la par del discípulo pero al mismo tiempo lo empodera para que él encuentre en si el inicio de un proceso de indagación. El maestro desde su autoridad de maestro empodera al discípulo, es una presencia para Agatón con su palabra, su propio deseo y emancipación. No es una figura autoritaria que clama tener la verdad y desea transvasarla a otro, sino por lo contrario dice que esto no es posible y alienta la búsqueda libre y personal del otro. “... Sócrates aspira a hacerle ver que el saber no es de

ninguna manera un objeto contenido en el recipiente del otro, sino la consecuencia de un recorrido que todo sujeto ha de cubrir por su propia cuenta.” (Recalcati, 2016, p. 53). Sócrates transmite su carencia del saber pero más importante su puro amor por el saber. El discípulo reconoce la maestría y la autoridad de Sócrates y por lo tanto desea estar cerca.

En la transmisión de conocimiento lo más importante es el modo de relacionarse del educador con los saberes mismos. Lawrence Cornu (2004) define el fenómeno como la modalidad de relación con el objeto donde la matemática o la historia no es aquello único que se transmite sino también la pasión o el fastidio, la manera de arreglarse, tomarle el gusto, el método, “... el objeto de transmisión será transmitido con, e incluso según, la manera en que se haga.”. (2004, p. 28). Cornu afirma que la transmisión puede darse con pasión por el saber o con fastidio pero también deja en claro que la transmisión no tiene manera de darse sin la modalidad de relación que el docente tiene con ese saber a transmitir. Para caracterizar a alguien como “buen docente” debe este estar apasionado por aquello que quiere enseñar.

“¿Con qué derecho puede uno obligar a un ser humano a alzar el listón de sus gozos y sus gustos? Yo sostengo que ser profesor es arrogarse este derecho. No se puede ser profesor sin ser por dentro un déspota, sin decir: Te voy a hacer amar un texto bello, una bella música, las altas matemáticas, la historia, la filosofía. Pero cuidado: la ética de esta esperanza es muy ambigua.” (George Steiner, 1999, p. 67)

Para una autoridad que promueva el aprendizaje del estudiante, el destinatario del saber, el estudiante, debe ser reconocido por el educador como más que sólo un objeto. Es relevante que el educador reconozca que el estudiante puede relacionarse con el saber, desearlo, entenderlo y desarrollarlo; y que el modo en que este se transmita puede despertar el interés de los estudiantes. Cornu aclara que el docente no solo debiera despertar la curiosidad, el espíritu del estudiante, sino instituirlo como sujeto del conocer (Cornu, 2004, p. 29).

Los estudiantes suelen encontrarse atraídos y motivados cuando hay un profesor que posee verdadera autoridad. Cuando el estudiante tiene una adhesión al docente este puede entrarlos a los infinitos universos intelectuales.

La autoridad y la asimetría fundante del educador se da debido a que el educador se encuentra más adelante en el camino, esto, sin embargo, no implica sostener que el

estudiante y el educador se encuentran en desigualdad. El objetivo de la educación es la igualdad. Como dice Ranciere (2003): “La igualdad nunca viene después, como un resultado a alcanzar. Debe ubicársela antes.” (p. 12). La igualdad que evidencia la relación del educador con el estudiante es aquella donde ambos reconocen las propias capacidades ignoradas o negadas para desarrollarlas juntos, este acto educativo es la emancipación. La igualdad no es un objetivo educativo de parte del educador porque este aun encontrándose más adelante en el camino de la vida no viene a observar incapacidades del estudiante y reducirlas, este acto educativo es el embrutecimiento. No se instruye al pueblo hacia la igualdad, se emancipa las inteligencias para verificar la igualdad ya existente (Ranciere, 2003).

En la verdadera relación del educador con el estudiante no hay división entre ignorantes y sabios o capaces e incapaces. Esta división es para los educadores que se ubican en el rol del “explicadores” y necesitan por ende de un incapaz para existir. El educador existe para que un estudiante se reconozca capaz y sabio.

A modo de conclusión, el educador es un autoridad que convoca y hace que el estudiante se mueva, se despierte para transitar un camino que solo él puede recorrer, el camino del saber (un camino que el educador debe recorrerlo por él mismo para poder luego transmitirlo). Reccalcati advierte que Moustapha Safouan, discípulo de Lacan, decía que no hay un sendero definido para conducir a alguien hacia el saber porque ese sendero se va creando al caminar. “El camino lo hace quien lo recorre pues antes no existía.” (2016, p.53). El docente a modo de testimonio transmite que el saber puede ser amado.

Retomamos aquella definición etimológica de autoridad que implicaba aumentar, promover y hacer progresar. La autoridad del educador es una cualidad creadora de ser, así como de progreso. El ejercicio de autoridad en la institución pedagógica debe tener su objeto alineado con el objeto de la educación de progresión de los sujetos para que alcancen toda su capacidad.

El educador es una presencia, autoridad, que invita a un proceso creativo. No se trata de enseñar un saber (Ranciere exagera esto con Jacotot afirmando que ni siquiera lo posee al saber, que es la lengua holandesa para explicar, y es por eso un maestro ignorante), sino que es cuestión de mostrarle al estudiante que él puede usar su propia inteligencia para aprender cualquier cosa o que se proponga. “...se puede enseñar lo que se ignora si se

emancipa al estudiante, es decir, si se lo obliga a usar su propia inteligencia.” (Ranciere, 2003, p.39) ¿Acaso somos todos capaces de comprender todo lo que otros han comprendido y hecho?

Interrogar y desafiar como educador al estudiante para conocer no desde todas las respuestas sino desde un igual con muchas preguntas. No se trata de explicar lo que los científicos o filósofos dicen sino de invitar a ser científicos y filósofos, ser artistas y creadores del propio camino. ¿Cuál es la inteligencia que utilizaron los alumnos de Jacotot para aprender francés en Telémaco? Observaron, retuvieron, repitieron y verificaron, relacionaron lo ya conocido con aquello que buscaban conocer. Es la exploración que hace un niño que surge de un deseo propio o como sucede con Jacotot, la exigencia de una situación.

La autoridad que se haga cargo de las generaciones por venir es esta que permite incentivar al estudiante a preguntarse que piensa y que haría, es aquella que frente al estudiante sostiene que él puede alcanzar el conocimiento y él es protagonista de su propia educación. Es con esta visión autoridad que nos adentramos en el capítulo que sigue donde nos preguntamos cual es el vínculo entre el educador y el estudiante para que éste pueda lanzarse a ser protagonista de su propio aprendizaje, para promover al estudiante a desplegar el potencial que ya posee.

CAPITULO 2: VÍNCULO PEDAGÓGICO

En este capítulo proponemos algunas interrogantes en relación al vínculo entre el docente y el estudiante, más específicamente al grado de presencia y cercanía conveniente en el vínculo pedagógico. Nos preguntamos por la importancia -o no- de la cercanía del educador para la formación de los estudiantes, el valor para ellos de tener un adulto cercano, alguien con quien establecer un vínculo de confianza, alguien que les proporcione el acompañamiento y el cuidado necesario para favorecer su aprendizaje y su desarrollo como personas.

Identificamos la cercanía como un elemento fundamental del vínculo del educador con el estudiante. Cercanía se refiere a aquello que se encuentra contiguo, próximo. El educador como lo inmediato y vecino para el estudiante. Este capítulo busca analizar la importancia del vínculo (en todas sus aristas) entre el educador y el estudiante para en conjunto buscar soluciones, ofrecer herramientas para resolver problemas, crecer y encontrar alternativas.

A lo largo del capítulo abordamos preguntas como: ¿Es posible una educación sin encuentro? ¿Cuál es la relevancia de la relación pedagógica? ¿Qué importancia tiene para el aprendizaje del estudiante el reconocerse querido por el docente? ¿Qué rol juega esto último en que el docente se gane el ser una autoridad legítima para el alumno?

Para ello, en primer lugar abordamos los saberes que junto a los docentes y estudiantes conforman el triángulo pedagógico. En segundo lugar, realizamos un recorrido histórico por las diversas características que se fueron presentando en la relación docente y estudiante. En tercer lugar, hacemos foco en la pregunta que plantea la necesidad de conexión que posee el ser humano y la enmarcamos en el contexto del vínculo pedagógico. En cuarto lugar, planteamos qué factores podrían ponerse en juego en la relación pedagógica para que el resultado sea el desarrollo pleno del potencial del estudiante. Por último, hacemos referencia a la figura del tutor como modelo del grado de cercanía entre educador y educando.

¿Qué atraviesa el vínculo pedagógico?

El contenido sustantivo de la docencia es el de los saberes y la transmisión cultural al estudiante. “Educar es, pues, introducir a un universo cultural, un universo en el que los hombres han conseguido amansar hasta cierto punto la pasión y la muerte, la angustia ante el infinito, el terror ante las propias obras, la terrible necesidad y la inmensa dificultad de vivir juntos...” (Meirieu, 1998, p.25)

Shulman (2005) sostiene que el trabajo del docente consta no solo del manejo de los estudiantes sino también de las ideas en el aula. El vínculo pedagógico es atravesado por los saberes ya que aquello que une al educador con el estudiante es que el educador introduce al estudiante a saberes (universos) que el estudiante no conocía. A esta relación entre educador-saberes-estudiantes referimos como triángulo pedagógico, como ya se mencionó en el capítulo anterior.

Estos saberes que atraviesan la relación del docente con el estudiante son saberes que los profesores conocen (o en su defecto ignoran) y les permite (o no) enseñárselo de determinada manera al estudiante. Mientras más exigente sea la formación del docente mejor para el alumno que posteriormente se vincule con éste. Shulman se hace la compleja pregunta de cuanto conocimiento (el cual llama conocimiento base) es necesario para una enseñanza efectiva y qué otros factores entran en juego en un “buen docente”.

El autor hace foco en investigar “qué cualidades y profundidad de comprensión, destrezas y capacidades, rasgos y sensibilidades transforman a una persona en un profesor competente” (Shulman, 2005, p.5). Mientras más manejo de los saberes y el conocimiento, mejor será la enseñanza del mismo.

Este capítulo (y en cierta medida la tesina) también nos preguntamos, al igual que Shulman, ¿Qué saberes necesita el educador para una enseñanza efectiva? Shulman advierte y critica que se tienda a trivializar el conocimiento docente cuando se plantea que el vínculo entre el docente y el alumno implica por parte del docente meramente cierto estilo personal, la habilidad para comunicarte y un poco conocimiento de la materia. Si bien no desestimamos la real importancia del manejo del saber y el conocimiento de parte del docente, aquí buscamos hacer foco en aquellos aspectos vinculares.

Terigi (2013) trata la cuestión de los saberes que son inherentes al trabajo docente. La autora aborda este tema desde la pregunta “¿Qué debe saber un docente y por qué?”. Frente a esto la autora presenta cinco grandes áreas del saber docente:

- Los contenidos de formación cultural y sobre la educación como proceso social
- El conocimiento de los aprendices
- El conocimiento sobre y para la enseñanza
- El conocimiento sobre los contenidos de enseñanza
- El conocimiento de las herramientas para el propio aprendizaje y la producción de conocimiento.

Siguiendo esta clasificación del saber docente, a los fines de este trabajo, se hará foco en el conocimiento de parte de los docentes de los aprendices, el mismo implica al conocimiento de los estudiantes en tanto en su condición de personas esto es, con sus características propias e individuales de cada uno. (Terigi, 2013).

Esta área del saber de conocimiento de los aprendices es el núcleo de las preguntas que guían el resto del capítulo. Nos preguntamos cuál es la importancia del conocimiento de los alumnos y de sus características personales en el vínculo pedagógico y en qué medida favorece a la educación la cercanía del docente con el estudiante.

San Andrés

¿Cómo fue el vínculo educativo históricamente?

El vínculo educativo existe, desde los orígenes de la humanidad, en todos los pueblos de la tierra y en todas las etapas de la vida del hombre. Históricamente, un educador en sentido más amplio introdujo a los niños y jóvenes en los usos, costumbres y prácticas, hábitos, ideas y creencias, formas de vida, valores, en una palabra, en la cultura, patrimonio de un pueblo y de una época determinada.

No es la intención de este trabajo analizar en profundidad el desarrollo histórico del vínculo educativo pero sí queremos mencionar que hay un núcleo una esencia en el vínculo entre el educador y el educando que se mantiene a través de los tiempos mientras que otros aspectos del vínculo se han ido modificando de diversas maneras y de un modo más hondo en las últimas décadas.

En el capítulo anterior analizamos el concepto de autoridad y vimos, entre otras cosas, como esa autoridad era otorgada por la sociedad en forma de poder a través del rol del docente y cómo era ejercida por el educador muchas veces con la inclusión de la violencia, inclusive física. El castigo corporal era considerado necesario y bueno a lo largo del siglo XIX y bien entrado dentro del siglo XX en la relación docente y estudiante para lograr el objetivo de la educación del estudiante. Educar implicaba muchas veces un castigo por el bien propio del alumno. (Dubet, 2006; Abramowski, 2010)

¿Podemos considerar que el castigo significaba un desamor por parte del educador? ¿Qué entendemos por amar a los estudiantes? ¿Ha cambiado lo que entendemos por amar a nuestros estudiantes?

La autora Abramowski (2010) plantea que se ha producido un cambio en el vínculo docente estudiante desde una pedagogía autoritaria a una del amor. “En el siglo XIX los valores educativos y familiares viraron considerablemente desde el autoritarismo y la coerción social hacia una pedagogía del amor” (Abramowski, 2010, p. 73).

Hoy en día, afirma la autora, se encuentran expresamente prohibidos los castigos corporales en las escuelas y se demandan docentes amables, dulces, justos que jamás usen palabras ofensivas, burlas o den señales de ira. En la actualidad querer y educar implica necesariamente buscar evitar los gritos, los gestos desproporcionados, los arrebatos, las burlas, los insultos y las humillaciones. Cuidar, escuchar y querer saber más sobre los estudiantes está bien visto por el conjunto de la sociedad, y el por el contrario el desamor, la distancia y el trato seco o esquivo es rechazado. En consecuencia, un “buen educador” es quien puede asistir, velar, escuchar y por sobre todo querer a sus estudiantes. ¿Es este querer a los estudiantes un deber ser de los educadores o es por el contrario algo natural e inherente a su rol?

“Es natural que un buen maestro deba cuidar a sus estudiantes. Es natural que un maestro deba querer saber sobre sus estudiantes. Es fácil olvidar, tal como Peter Cryle plantea, que la “naturalización” es ella misma una construcción moderna, una forma de organización del lenguaje a través del cual ciertas ideas sobre lo que es correcto se vuelven pensables”. (Abramowski, 2010, 56).

Una vez que social y culturalmente una emoción es considerada adecuada pasa a “percibirse como natural, eterna, incuestionable, esperable, saludable, benigna, normal y universal.” (Abramowski, 2010, p 56). Naturalizar un comportamiento, afirma la autora, es inviable ya que el comportamiento esperable de un individuo es relativo y está atado para empezar, al momento histórico en el que vive. Los roles sociales están siempre sujetos al contexto y tiempo histórico, el peso del contexto y las situaciones definen los roles. La imagen o el perfil del educador deseado o del educador “ideal” está atada a la sociedad y a la cultura de la época en la que vive.

La pedagoga catalana Del Pozo (2009) argumenta que por sobre todo es deseable que los educadores “amen su profesión y a sus estudiantes.” (p.35). Del Pozo no plantea este amor a sus estudiantes desde una postura del deber ser sino desde lo esperable y lo deseable. Existe una manera de ser y de encarnar el ser educador que es considerada la mejor manera para lograr la educación del estudiante.

Al comienzo dijimos que ciertas cosas en el vínculo entre el docente y el estudiante se mantienen igual en su esencia a lo largo del tiempo. Podemos ir definiendo el vínculo pedagógico de diversas maneras en las diversas culturas y tiempos, pero nunca deja de ser un vínculo. Al comienzo de la tesis afirmamos que la persona humana es en su esencia un ser relacional, es decir un ser que existe y se despliega en y a través de las relaciones, entre ellas, la relación pedagógica.

Todos los seres humanos, en todos los tiempos, de algún modo, han tenido docentes que dejaron una huella. Compartimos esta cita de una de las mayores figuras intelectuales del siglo XX, el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud.

“Los cortejábamos (los alumnos a los docentes) o nos apartábamos de ellos; imaginábamos su probablemente inexistente simpatía o antipatía; estudiábamos sus caracteres y formábamos o deformábamos los nuestros, tomándolos como modelos. Despertaban nuestras más potentes rebeliones y nos obligaban a un sometimiento completo; atisbábamos sus más pequeñas debilidades y estábamos orgullosos de sus virtudes, de su sapiencia y su justicia. En el fondo, los amábamos entrañablemente cuando nos daban el menor motivo para ello; mas no sé si todos nuestros maestros lo advirtieron, Pero no es posible negar que teníamos una particularísima animosidad contra ellos, que bien pudo haber sido incómoda para los afectados.

Desde un principio tendíamos por igual al amor y al odio, a la crítica y a la veneración.” (Como se cita en Allidiere, 2004, p. 12)

Como vemos en la cita el vínculo con los educadores tiene un peso innegable en el desarrollo de la persona. La interacción y las relaciones entre el educador y el estudiante que se viven en la escuela tienen un papel esencial en el desarrollo de la personalidad, ya sea que éstas que sean de amor o de odio, todas ellas forman los caracteres de los estudiantes.

No existe un autor que niegue la real importancia del vínculo entre el educador y estudiante. Nos resta entonces analizar y plantear qué vínculo consideramos deseable y valioso para la educación de los estudiantes.

Un vínculo en que se relaciona un estudiante con un educador y un educador con un estudiante afectando a ambos y permitiendo que ambos como personas se desarrollen y aprendan.

¿Por qué el ser humano busca conexión? ¿Por qué el educador busca cercanía con el estudiante, y el estudiante busca cercanía con el educador?

Hablaremos sobre el valor y la importancia de la conexión humana en educación. Ningún aprendizaje significativo puede ocurrir sin un vínculo significativo. La buena e íntima conexión del estudiante con su profesor es condición necesaria para que se de el aprendizaje significativo que favorece el desarrollo y el crecimiento de los estudiantes.

Una relación significativa con los estudiantes hace posible la enseñanza. “Ningún aprendizaje significativo puede ocurrir sin una relación significativa” (Corner, 1995, traducción propia). Las relaciones de los educadores con los estudiantes son importantes y nunca se olvidan.

“Lo que favorece el aprendizaje es crear fuertes vínculos entre el docente y el alumno” (Aragay Gey, X, Arno, J, Blasco, J, Borrás, P, Iniesta, D, Menendez, P, Riera, P. Tarin, L. Yila, L. 2015, p. 66) El educador educa fundamentalmente por lo que es y solo se educa en la relación mutua, en la relación de persona a persona. El educador ante todo es una presencia y es esta real y genuina presencia un elemento educativo esencial.

La relación con otra persona es la experiencia más importante para la vida. Nos construimos, nos conocemos y nos pensamos a nosotros mismos en los vínculos. No dejamos de ser individuos que pasamos nuestras vidas construyendo relaciones que nos dan forma. Física y neurológicamente estamos dispuestos a la conexión y solo vivimos dentro de ella.

Ser conocido y aceptado por el otro en profundidad, compartir los estados en los que uno se encuentra es fundamental para la existencia y el crecimiento. La sintonía de mentes entre el educador y el estudiante, o del estudiante con sus pares, la conexión emocional con otros es lo que permite alcanzar niveles crecientes de organización mental y cerebral. (Di Bartolo, 2016)

Los estudiantes necesitan un adulto que nunca deje de creer en ellos, que entienda el poder de la conexión e insista en que ellos llegaran a ser lo mejor que pueden llegar a ser.

Las relaciones sirven para motivarnos y veremos que no hay aprendizaje significativo sin un vínculo significante entre educador y estudiante. La interacción entre educadores y estudiantes, entre los distintos educadores y entre los distintos estudiantes es lo que define el clima del aula. El clima del aula es una de las variables que más inciden en el aprendizaje efectivo de los alumnos. Según el informe de un estudio realizado por el Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad de la Educación, organismo coordinado por la UNESCO, el clima escolar es la variable que demuestra el mayor efecto sobre el rendimiento académico y el factor de mayor peso e impacto tiene que ver con el ambiente emotivo del aula. El clima emocional del aula tiene que ver con el tipo de vínculo que se da entre el docente y los alumnos, el tipo de vínculo entre los alumnos y la energía que emerge entre los dos anteriores. (Williams de Fox, 2014)

La autora norteamericana Brené Brown (2016) afirma que es la cercanía del educador al estudiante la que le permite al estudiante arriesgarse, mostrarse vulnerable y de este modo lanzarse a crecer. La seguridad necesaria para tomar riesgos, recorrer nuevos caminos, enfrentar desafíos y por lo tanto aprender y crecer la proveen los vínculos verdaderos. Para arriesgarnos hay que exponernos y cuando uno se expone, es vulnerable. Para poder mostrar nuestra vulnerabilidad hay que ser previamente aceptado en un vínculo de cercanía y confianza. Uno logra ser vulnerable si después de diversos fracasos vividos siguen estando para nosotros las personas que nos rodean, entre ellas, los educadores y el resto de los

compañeros. El estudiante logra ser vulnerable si en los tropiezos no pierde sus vínculos. (Brown, 2016).

La vulnerabilidad se da tanto en el educador como en el estudiante. En el educador la vulnerabilidad implica entre otras cosas mostrarse tal cual es, hablando en nombre propio desde lo que es y lo que está viviendo. La perfección en el educador no existe, afirma la autora, y por esto mismo no hay necesidad de aparentarla. Siendo quienes somos y mostrando lo que somos se crea la cercanía necesaria para que se de el vínculo que promueve lo pedagógico. Si no es así, se crea distancia, y la distancia entorpece el vínculo, y sin vínculo no hay aprendizaje significativo.

Por otro lado que el estudiante sea vulnerable implica que pueda pedir ayuda, que pueda decir que no sabe o que no puede, que pueda compartir su propia opinión aunque esta no sea popular, que pueda probar siempre algo nuevo, animarse a recomenzar una y otra vez y poder exponer algo propio, una creación personal.

Del mismo modo que afirmamos que el docente no es perfecto el estudiante tampoco lo es, ni debe apuntar a eso. Todos los estudiantes son imperfectos, están hechos para luchar y en su imperfección es que ellos deben saber que son dignos de amor y pertenencia. Es reconociendo su propia imperfección que el estudiante se atreve a recibir retroalimentación en sus trabajos y con constancia y oído abierto a las críticas bien intencionadas puede desarrollar todo su potencial. Esto mismo se puede observar con el recorrido del estudiante Austin en la historia “La mariposa de Austin” que analiza el educador Ron Berger¹.

Mostrarse vulnerable dentro de un vínculo es arriesgado, es enfrentarse a la incertidumbre, exponerse a los riesgos emocionales. Es riesgoso estar en el escenario, sin máscaras, es no saber qué va a ocurrir, si se van a reír de nosotros o si por el contrario nos van a aceptar y quizá hasta aplaudir. Al mostrarnos quedamos expuestos y no sabemos la reacción que van a tener los otros.

Brené Brown en su libro *El poder de ser vulnerable* (2012) cita a Theodore Roosevelt que dice: “Habrà fracasos, errores y críticas. Si queremos ser capaces de superar las grandes decepciones, nuestras heridas emocionales y los desengaños inevitables de una vida

¹ Para un mayor desarrollo, ver anexo 1.

plenamente vivida, no podemos equiparar la derrota con el no ser merecedores que nos amen, con no estar integrados en algún lugar o con no ser felices.” (p. 68)

Hay solo una variable que puede hacer que no nos desconectemos y que nos repongamos a los fracasos. Esta variable es ese sentimiento de cercanía por parte de quienes acompañan nuestro crecimiento. Sentirnos dignos de ser amados a pesar de. Sentirnos pertenecer igualmente, sentir que a pesar de no haber podido con algo somos dignos y buenos. Estos sentimientos se dan en un vínculo de cercanía y confianza con otro. Y es en este vínculo donde puede darse el crecimiento.

¿Qué capacidades que desarrollen nuestros estudiantes?

Queremos que se sientan dignos de. Brené Brown (2012) identifica características presentadas por las personas que viven con sentimiento profundo de dignidad. Estos muestran sentido de coraje, valentía para ser imperfectos, compasión para aceptar y ser amables con ellos mismos y con los otros, autenticidad para ser quien realmente son y capacidad para aceptar y vivir su vulnerabilidad. La vulnerabilidad no incomoda cuando se toma conciencia de que existe, es inevitable y necesaria y es lo que nos hace verdaderamente hermosos. El único modo de poder sentirnos dignos de es experimentando vínculos de amor y cercanía.

El estudiante aprende la vulnerabilidad de los educadores por verla en ellos y por experimentarla en el vínculo cercano con el docente.

La cercanía en el vínculo entre el educador y su estudiante a veces se cuestiona porque se afirma que el estudiante necesita desarrollar la independencia, y el vínculo cercano entorpece este desarrollo. (Seitún y Di Bártolo, 2019)

En nuestra cultura solemos escuchar que es mejor demorar los pedidos o demandas de un alumno si buscamos su crecimiento. Esto se puede traducir en demorar nuestra escucha al estudiante, para que éste aprenda a resolver solo. Se afirma que la experiencia y la madurez que sirve para la vida se adquiere enfrentando solo los contratiempos y obstáculos que la vida ofrece, o que la escuela tiene.

Seitún y Di Bartolo afirman lo contrario. “No se aprende a esperar esperando, sino recibiendo.” (2019; p. 18). Mientras más atento uno está al estudiante y más en sintonía con

él y con lo que va viviendo más confiará él en sí mismo y en sus propios recursos para ser independiente o interdependiente.

La sensación de sentirse valioso, aceptado, reconocido y mirado perdura en el tiempo, y en las adversidades. Aventurarse, animarse emocionalmente a crecer, funciona cuando uno sabe que puede volver a algo/alguien. Este algo o alguien es este docente presente y cercano.

Es importante para el estudiante saber que él es suficiente, y el rol del educador es central para lograr que el estudiante crea esto de sí mismo. Si uno reconoce que su ser es suficiente, uno deja de gritar y comienza a escuchar, es amable y considerado con los demás y en especial con uno mismo.

¿Qué herramientas tiene el educador para ayudar al estudiante?

El vínculo del educador con el estudiante es un vínculo de poder. Lo que ocurre en ese vínculo condiciona a los estudiantes, impulsándolo a crecer y desplegarse o por el contrario frenando su desarrollo. Nos gusta creer que hay acciones neutras y que lo que hacemos no necesariamente va a tener una consecuencia en el otro, pero esto no es así. O lo que hacemos ayuda al otro a crecer sanamente o por el contrario no lo ayuda y lo daña. (Fariña Videla, 2013).

¿Cómo se ve esto en el vínculo educador educando?

Para responder a esta pregunta, resulta interesante analizar el efecto Pigmalión. El efecto debe su nombre al mito griego de Pigmalión, un escultor que se enamoró de una escultura que había tallado, y es por este amor que le tenía que ésta acabó cobrando vida. Este estudio afirma que las expectativas que los demás poseen sobre el rendimiento de una persona afectan sobre el rendimiento efectivo.

En 1968 un profesor de Harvard, Robert Rosenthal y Leonore Jacobson una directora de una escuela de San Francisco realizaron el siguiente estudio en una escuela. Se administró un test de inteligencia no verbal al inicio del año a los estudiantes de un curso. Luego se seleccionó al azar un 20% de los estudiantes y se le informó a los profesores que estos estudiantes tenían cualidades destacadas con potencial de progreso importante. Sobre el resto de los estudiantes no se informó nada. Los investigadores les pidieron a los docentes que no les mencionen a los estudiantes los resultados del estudio y que no les propicien un trato diferente al resto de los estudiantes. Tras ocho meses se volvió a realizar la prueba y

se constató que ese 20% de estudiantes habían mejorado en su desempeño en la prueba. El efecto Pigmalión afirma que lo que pensamos acerca de lo que alguien puede hacer condicionará lo que realmente haga. Las expectativas que tenemos de una persona hacen que la persona responda a ellas.

La experiencia evidencia que esto sucede en las aulas. Muchas veces se mira y se etiqueta a los estudiantes con etiquetas positivas o negativas y los estudiantes responden a esas etiquetas, actuando como sus mayores esperan que actúen. La mirada del educador se transparenta e influye en el comportamiento y la respuesta del estudiante quien, muchas veces de un modo inconsciente, forma sus propias creencias sobre sí mismo según como se lo mire y se lo trate.

Destacamos que no es necesario la palabra para demostrar lo que el otro piense de nosotros. Los estudiantes, tanto niños como adolescentes, pueden percibir por cómo se los mira lo que se piensa de ellos. La mirada es muy importante para la formación de lo que somos.

El estudiante etiquetado como el “mal estudiante” responde con su conducta a la etiqueta. Frente a la mirada reiterada negativa sobre él se arma un círculo vicioso negativo que retroalimenta su conducta negativa y que genera miedo, incomprensión, cansancio, frustración, vergüenza. Sabemos que esto sucede en las escuelas. Un modo posible de revertirlo es a través de la reflexión docente, de un docente que tenga una presencia cercana que trabaje para devolverle al estudiante una mirada nueva sobre sí mismo que le restaure la confianza para ser el que puede ser.

Sobre el vínculo docente estudiante, ¿Cómo lograr un círculo virtuoso que lleve al estudiante a desarrollar lo que es?

Ron Ritchhart, investigador de Project Zero de la Universidad de Harvard, afirma que la interacción personal y cercana entre el educador y el estudiante juega un rol central en la educación y en las experiencias que los estudiantes reconocen como las más significativas en su paso por la escuela. “Las relaciones sirven para motivarnos y comprometernos. Proporcionan un contexto de apoyo para asumir riesgos. Como aprendices, nos beneficia

saber que alguien nos respalda y está alentando nuestro éxito o incluso si está dispuesto a atraparnos si caemos.” (Ritchhart, 2015, p.201, traducción propia)

La relación con el estudiante en concreto es lo que viene antes que cualquier otra cosa afirma el autor. Un educador adulto que nunca va a darse por vencido que entiende el poder de la conexión cercana con el estudiante, que insiste en que el estudiante se convierta en ese que puede llegar a ser. Es en la interacción con otros en donde descubrimos y aprendemos de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Esta interacción necesita tener ciertas características: cercanía, empatía, calidez, autenticidad, positiva, respetuosa y confiada.

Es posible mencionar algunas acciones concretas que reflejan este modo de relacionarse: hacer contacto visual con el estudiante, verlos, escucharlos, sonreírles, saber sus nombres y sus historias, mostrar real interés por lo que les sucede, lo que desean y les preocupa, acompañarlos en los aciertos y los errores, confiar en ellos y en sus posibilidades (Ritchhart, 2015).

Uno como educador se encuentra siempre modelando para el estudiante. Lo que somos y mostramos como educadores se contagia. “Estamos literalmente programados para prestar atención y aprender de los demás.” (Ritchhart, 2015, p.127, traducción propia). Inspiramos y enseñamos siendo el que somos afirma el autor, aún en nuestros errores, en nuestros no saber todo, en nuestra vulnerabilidad.

Los estudiantes aprenden de la simple observación de las formas de ser de los docentes, del modo como se vinculan con los alumnos y con el saber que buscan transmitir. Como expresa Freud en esta cita sobre su relación con los educadores, “...estudiábamos sus caracteres y formábamos o deformábamos los nuestros, tomándolos como modelos.” “... formábamos o deformábamos...” nuevamente aparece esta idea de que no existen modos de vincularse neutros, lo que vive y presenta el educador forma o deforma al estudiante. Mediante la autenticidad el educador les da a los estudiantes la oportunidad de aprender de él, mientras más genuino sea el vínculo mayor y más hondo será el aprendizaje.

La tutoría como un modelo del vínculo cercano con el estudiante

La confluencia del currículum disciplinar, la asignación de los profesores por asignatura y su contratación por hora cátedra para dictar clase, que Terigi (2008) ha denominado como "trípode de hierro", constituyen el núcleo duro de la escuela secundaria

que le da sostén, y cuya modificación resulta muy compleja. Decena de disciplinas con diferentes adultos que entran y salen de ella sin poder detenerse a vincularse con sus estudiantes. En ellas la tutoría resulta una estrategia de encuentro del educador y el estudiante. La tutoría es el espacio de la escucha, el acompañamiento, la orientación, la guía y la ayuda. El vínculo con el tutor les permite a los estudiantes conocerse y comprenderse como estudiantes. La tutoría es donde realmente se le da la palabra al estudiante, y es por esto que estos espacios son muy valorados por ellos. (Viel, 2009)

Nos preguntamos entonces ¿Habrán que llevar las características de la tutoría al aula?
¿Habrán que extender el perfil de la figura del tutor a todo el resto de los educadores?

Del Pozo (2009) afirma que un tutor apunta a la formación personal del estudiante y los ayuda a conocerse, valorarse, aceptarse, reconocer sus propios errores y aprender de ellos. La formación académica, afirma la autora, es una parte de la formación integral del estudiante donde la formación personal tiene un rol esencial. En esta formación personal se destaca el rol del tutor. “La acción tutorial tiene como finalidad facilitar a los alumnos el desarrollo de las capacidades adecuadas para relacionarse consigo mismo y con los demás” (Del Pozo, 2009, p. 361). Del pozo enumera las características deseables en los tutores, entre ellas encontramos: el ser respetuosos de lo que el estudiante es y transita, ser flexibles, agradecidos, comprometidos y capaces de resolver los conflictos. Del Pozo destaca dentro de las características del tutor la cercanía con el estudiante, el tutor, afirma, debe encontrarse cerca del estudiante para ofrecer herramientas y proponer alternativas frente a cada uno de sus desafíos y problemas. El tutor es quien busca ubicar al estudiante como el protagonista de su formación personal ayudándolo ante todo a auto conocerse. La autora afirma que todas las personas necesitan un tutor, es decir, alguien que esté a su lado, que los acompañe, que los ayude a vivir plenamente su humanidad, a ser quienes son. Los tutores son necesarios en todas las edades de la vida. El rol del tutor no es decir que hacer, sino plantear buenas preguntas y ubicar al otro frente a una meta o una finalidad de la vida. El buen tutor lo que hace es ayudar a vivir en la realidad. Aceptar las propias limitaciones interiores, las heridas, las tinieblas para no vivir en la frustración y el estrés. El buen tutor muestra al estudiante que no es necesario ser perfecto.

Todo buen docente, profesor, debe ser tutor ya que la educación es asistencia. “Enseñanza y asistencia no solo no se enfrentan, sino que se requieren mutuamente. Se olvida fácilmente que asistir es responder, estar en algún lugar. El que asiste es estar presente.” (Antelo, 2004, p.2)

La tutoría es personalizada por lo que hay aspectos que son y permanecen dentro de los espacios necesarios de tutoría. Pero el aula y el docente pueden compartir algunas características y objetivos con las tutorías, en primer lugar, el objetivo de ubicar al estudiante como protagonista de su vida.

En la actualidad el núcleo de la mayoría de las nuevas estrategias de enseñanza es poner al estudiante en el centro para un aprendizaje profundo mediante la exploración. Aquí retomamos lo presentado en el capítulo anterior con el personaje de Jacotot en el Maestro ignorante de Ranciere (2006). El conocimiento se construye y no basta con que alguien te diga cómo es, uno lo tiene que descubrir por sí mismo. El estudiante esta en control de su propio aprendizaje. Es deseable que el docente con el objetivo de ubicar al estudiante como protagonista busque motivarlo y cree las condiciones necesarias para el desarrollo y aprendizaje.

En la tutoría se busca poner al estudiante en el centro, es el alumno el que comparte sus pensamientos, el tutor meramente guía. No hay un disciplinamiento hacia una manera especificar o particular de sentir, pertenecer, comunicarse, consumir. Por el contrario, el tutor domina el arte de preguntar adecuadamente y escuchar aquello que trae el estudiante, de esta manera avanza hacia preguntas más abiertas que permiten al estudiante conocer, comprender y comunicar mejor sus pensamientos y sentimientos.

El tutor como el docente deben ceder la palabra. El espacio es del estudiante y tanto el docente como el tutor, los educadores, deben recoger los intereses y preocupaciones en relación a la escuela. Si se muestra que no hay prisa de inmediatez y esfuerzos para un aprendizaje acelerado la palabra del alumno emerge. El estudiante logra hablar en nombre propio (Viel, 2009).

Robinson (2015) sostiene que gracias a una implicación más personal lo que se enseña y se aprende se afianza más, el docente debe dedicarle tiempo a conocer a cada estudiante y interactuar personalmente con él. La base fundamental del aprendizaje es la calidad de la

relación educador- estudiante. “Todos los niños merecen tener un adulto que jamás se dé por vencido por ellos.” (Robinson, p. 161).

La tutoría representa la estrategia de acompañamiento con un rol adulto referente para el alumno ¿No deberíamos buscar que todos los docentes sean referentes a sus estudiantes?

Graciela Frigerio afirma que lo mejor que la escuela puede hacer es ofrecer diversidad de referentes para los estudiantes, armar “un banquete” donde todos puedan elegir su camino. Para lograr un banquete los estudiantes necesitan múltiples ofertas identitarias y es fundamental que la escuela ofrezca la oportunidad de distintas afiliaciones para los chicos. No plantear las cosas de una sola perspectiva sino ofrecer varios platos a elegir del banquete para que dentro de las múltiples opciones el chico logre formar su propia identidad, por esto es que se habla de ofertas identitarias (Frigerio, 2004).

En la década del 1970 el Dr. Daniel C. Tosteson director de la Escuela de Medicina de Harvard planteó su preocupación por el modo en que las computadoras revolucionarían el campo de la medicina por la posibilidad de transmitir grandes cantidades de información que los futuros médicos ingerirán para luego “escupir” en los exámenes. En una reunión con otros directores de escuelas, Tosteson dijo “Debemos reconocer nuevamente que lo más importante, de hecho, lo único que tenemos para ofrecer a nuestros estudiantes es a nosotros mismos. Todo lo demás lo pueden leer en un libro ...” (Ron Ritchhart, 2015, p. 125, traducción propia)

Comparto esta cita de G. Ginott:

“He llegado a una conclusión aterradora: soy un elemento decisivo en el aula. Es mi actitud en el aula. Es mi actitud personal la que crea el clima. Es mi humor diario el que determina el tiempo. Como maestro poseo un poder tremendo de hacer que la vida de un niño sea miserable o feliz. Puedo ser un instrumento de humor, de lesión o de cicatrización, En todas las situaciones, es mi respuesta la que decide si una crisis se agudizara o se apaciguara y un niño se humanizara o deshumanizara.

Muchos problemas de la enseñanza se resolverán en la próxima década. Se crearán nuevos hábitos de aprendizaje y nuevas formas de instrucción. Una función, sin embargo, será siempre conservada por el maestro: crear el clima emocional del aprendizaje. Ninguna máquina, por sofisticada que sea, puede hacer este trabajo” (Citado por Allidieri, 2004, p.12)

Esta cita nos afirma una vez más lo que venimos planteando el docente y el modo en que se vincula con su estudiante, es el elemento decisivo del aula y el instrumento para el desarrollo del estudiante. Ginnot asegura que no importa los cambios que se presenten ni el tiempo que transcurra el factor decisivo en el aprendizaje es el clima emocional que se genera entre el docente y el estudiante.

Robinson (2015) describe que para un ser buen profesor se debe desempeñar cuatro funciones, motivar a los estudiantes, facilitar el aprendizaje, tener expectativas con respecto a ellos y capacitarlos para creer en sí mismos. Inspirarlos y entusiasmarlos sacando a la luz lo mejor que hay en cada uno de los estudiantes.

El educador y escritor británico compara al educador con un jardinero, "... los jardineros saben que no son ellos los que hacen crecer las plantas, ni montan las raíces ni pegan las hojas ni tampoco pintan los pétalos; las plantas crecen solas. La labor del jardinero consiste en crear las condiciones óptimas para que las plantas se desarrollen" (p. 149, 2015). Los educadores, de igual modo que el jardinero saben que ellos están para crear las condiciones necesarias para que los estudiantes puedan desarrollarse y aprender. A mayor y mejor cuidado del jardín mayor y mejor florecimiento de las plantas. Un cuidado que necesita de la cercanía suficiente para ver y responder a las necesidades concretas de cada jardín.

Una relación de confianza y cercana de educador y estudiante se evidencia si el educador puede decirle al estudiante: "Corre, crece, no te detengas. Si te caes estoy acá para levantarte.", y el estudiante confía y se avanza.

CONCLUSIONES

En la presente tesina nos propusimos abordar la relación pedagógica entre el docente y el estudiante. Para ello, analizamos la cuestión de la autoridad y del vínculo, a través de un conjunto de preguntas que orientaron este recorrido.

¿Cómo es la relación pedagógica que favorece el aprendizaje y el desarrollo del estudiante?
¿Desde qué autoridad, el educador se relaciona con los estudiantes y cómo afecta esto la educación?

Partimos de la pregunta ¿Qué es la autoridad? Al indagar en esta pregunta planteamos que una verdadera autoridad promueve y permite al estudiante alcanzar y comprender el conocimiento recorriendo el camino que el mismo construye.

¿Sobre que se funda la autoridad? ¿Cómo se da la autoridad en la actualidad?

La autoridad otorgada por las instituciones y los roles docentes se encuentra en declive y esto afecta directamente la educación de los estudiantes. Sostenemos que sin autoridad no hay educación puesto que la autoridad del educador ofrece la oportunidad de promover y ayudar al estudiante en su crecimiento.

Es desde la autoridad docente que se retoma desde uno mismo, que se funda en gran parte en nuestro ser, que se puede lograr incentivar al estudiante a preguntarse e invitarlo a alcanzar el conocimiento por sus propios medios.

En este sentido, planteamos la importancia de que los docentes que sean una alteridad fundante que inviten a un proceso creativo, a ser científicos y filósofos, ser artistas, en otras palabras, protagonistas de nuestras propias pasiones y vidas.

En el siguiente capítulo del vínculo pedagógico nos preguntamos sobre la importancia del vínculo entre el estudiante y el educador para que el estudiante puede conocerse y dar lo máximo de sí mismo. Dentro de los saberes que son deseables para un docente focalizamos en el conocimiento sobre sus propios estudiantes. Es debido a la cercanía del educador y el estudiante que se logra un círculo virtuoso en el que el estudiante aprende y se desarrolla. Este capítulo profundizó sobre lo central en la relación educativa que es el vínculo que se genera entre el estudiante y el educador. Esa relación interpersonal de presencia y cercanía que se da entre ambos y que es el factor decisivo para que el estudiante aprenda significativamente y se desarrolle plenamente.

Después de preguntarnos porqué es que las personas buscamos permanentemente vínculos de conexión con otros y planteamos que esto se debe a que en nuestra esencia está el ser en relación. Somos en otros y con otros. En nuestra cultura se plantea lo contrario, se propone la independencia y se pone el acento en la autonomía. Reiteradas veces recibimos el mensaje de que tenemos que arreglarnos solos, y sabemos que nadie puede arreglárselas solo. Vivimos y somos con otros. Dentro de este marco la educación se da en el encuentro. Todos tenemos experiencia de haber vivido encuentros pedagógicos de mayor o menor peso que fueron marcando nuestras vidas, confirmándolas en un sentido u otro.

En la educación del estudiante se encuentra el mérito propio ya que él es protagonista de su aprendizaje pero junto al alumno se encuentra el educador que trabaja valientemente desde quien es, desde su humanidad.

La etapa escolar son años, años claves para todo individuo, años en los que se conforma la base de nuestra personalidad. Todo lo que el estudiante vive dentro de la escuela y experimenta en ella lo define, sin determinarlo. La escuela es un elemento central en el desarrollo de su identidad. Una identidad que se configura a partir de los vínculos, entre ellos los que se viven dentro de la escuela con los pares y con los educadores y asumiendo que la calidad de esos vínculos impactará en el desarrollo de la persona .

En el vínculo del educador y el estudiante se hace presente la autoridad del educador. La autoridad como algo bueno y necesario, algo que promueve y da la base para aquello que se busca en el estudiante, que pueda ser quien es. Esa autoridad que es una presencia firme desde quien el alumno puede animarse a ser quien es. No hay posibilidad de desplegarse en el vacío. Las figuras educadoras de la escuela no son meramente portadores de saberes, son ofertas identitarias que aportan a la conformación de mi persona.

Los educadores van más allá del aula, todos los que conforman la comunidad educativa de la escuela: docentes, tutores, porteros, administrativos, educan fundamentalmente por su manera de ser, estar y recibir, por la manera que se vinculan con los estudiantes y por su propia historia que están contando, aún sin contarla.

Uno no puede ser autogenerador de su persona, por ende, en el recorrido del niño y del adolescente es deseable que logren ser agradecidos de las presencias que permiten un orden personal, inteligente y plástico para desarrollarse como individuo. Con humildad uno agradece lo que no tendría como haber generado por sí mismo.

El recorrido deseable del educador es mostrarse como quien verdaderamente es, en otras palabras, vulnerable y verdadero. Esto sirve para ser un modelo más a seguir del que los estudiantes pueden aprender. Parte del rol de educador es saber que es lo mejor para el estudiante. Una autoridad responsable consiste en dar ordenadores que contienen y a la vez permiten hacerse cargo de las angustias que va generando la existencia. El educador habilita al otro a que se angustie con los problemas que valen la pena angustiarse, y de este modo lo prepara para habitar en el mundo. El educador muestra lo que vio, lo que para él tiene sentido y valor y esto rompe la indiferencia del estudiante.

El estudiante empieza a tomar conciencia de que es corresponsable de su interior, debe hacer algo con su vida y con lo que se viene. Un vínculo cercano con los educadores promueve este autoconocimiento y el conocimiento de la realidad y la posibilidad de ir viviendo plenamente la libertad de cada uno.

¿Qué batallas libro? ¿A qué le dedico mi amor? ¿Qué construyo? ¿Qué colectivos de la vida tomo, cuáles no?

Que uno es amado, valioso, puede crecer, y no debe tener vergüenza de los fracasos, son certezas que a los estudiantes reciben de los adultos, entre ellos, el educador.

Autoridad y cercanía del vínculo pedagógico se dan de la mano, porque la verdadera autoridad viene de una presencia real y cercana. Ejercer la autoridad desde la violencia es autoritarismo, y el autoritarismo no forma, sino que deforma. No hay actos neutros. Si el docente grita en clase podrá tener la clase callada y “ordenada” pero genera un impacto negativo, daña al estudiante. Que el adulto tenga autoridad no significa que tenga todo resuelto, él no sabe ni puede todo, es vulnerable, pero está ahí presente.

El tema central en el hombre es la afectividad. Amar y ser amado.. Cuando el otro me ama soy invitado a abrirme, soy desafiado a desarrollar lo propio y a buscar un modo verdadero y auténtico de caminar. El estudiante experimenta quien es al ser querido por otro, quien soy yo aparece y brota en la experiencia con otros que me llaman, convocan, me despiertan para estar plenamente en el instante.

A través de este trabajo hemos intentado hacer un aporte de la relación entre el docente y el estudiante, aun así resulta esencial continuar reflexionando y repensando en profundidad la este vínculo ya que es una tema de gran envergadura en la educación.

En esta relación todos tenemos la oportunidad de ser luz u oscuridad, de educar o de obstruir, de promover o de obstaculizar. El vínculo del educador y el estudiante puede desenvolverse de diversas maneras teñido por todas las gamas de los grises, nunca somos absolutamente luz ni oscuridad, pero la autenticidad y la cercanía personal son elementos habilitantes para el despliegue del estudiante.

Gracias a los vínculos uno se conoce a sí mismo y al mundo que lo rodea, confía y se larga a aprender, crecer y vivir.



BIBLIOGRAFÍA

- Abramowski, A. (2010) *Maneras de querer*. Buenos aires. Paidós
- Alliediere, N. (2008) *El vínculo profesor-alumno. Una lectura psicológica.*. Buenos Aires. Editorial Biblos
- Anijovich, R., & Cappelletti, G. (2017). *La evaluación como oportunidad*. Paidós.
- Antelo, E. (2004) Análisis. *El papel de los educadores ante viejos y nuevos contextos. La falsa antinomia entre enseñanza y asistencia*. En el monitor de la educación N°4. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- Antelo, E. Aleu, M (s/f). *Autoridad. Acción y autonomía [en línea]*. Disponible en: <http://www.estanislaointelo.com.ar/files/autonomiaautoridad.pdf>
- Aragay, X., Arnó, J., Borràs, P., Iniesta, D., Menéndez, P., Riera, P., ... & Ylla, L. (2015). *Formulamos el horizonte. 35 pasos para vivir el cambio educativo*. Colección Transformando la educación: Cuaderno, 3.
- Brown, B. (2016). *El poder de ser vulnerable: ¿ qué te atreverías a hacer si el miedo no te paralizara?*. Urano.
- Carr, N. (2010), *The shallows: What the internet is doing to our brains*, W.W. Norton & Company, Nueva York.
- Cornu, L. (2004). *Transmisión e institución del sujeto. Transmisión simbólica, sucesión, finitud*. G. Frigerio y G. Diker (comps.), La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos. Un concepto de la educación en acción, Buenos Aires, Novedades Educativas/Fundación CEM.
- Del Pozo, M. (2009) *Aprendizaje inteligente*. Tekman books.
- de Obiols, S. D. S., Obiols, G., & Obiols, S. D. S. (2006). *Adolescencia, posmodernidad y escuela*. Noveduc Libros.
- Dubet, F. (2006). *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos ante la reforma del Estado*. Ed. Gedisa.

- Di Bártolo, I. (2016). *El apego: cómo nuestros vínculos nos hacen quienes somos: clínica, investigación y teoría*. Lugar Editorial.
- Ehrenberg, A. (1998). *La fatiga de ser uno mismo Depresión y sociedad*. Ed. Nueva Visión.
- Frigerio, G. Diker, G. (2004) *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos. Un concepto de la educación en acción*. Buenos Aires, Novedades educativas.
- Greco, M. B. (2007). *La autoridad (pedagógica) en cuestión*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Kojève, A. (2005). *La noción de autoridad*. F. Terré, Ed. Nueva Visión.
- Luzuriaga, L. (1996) *La educación de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Losada
- Liotard, J. F. (1992). *La condición postmoderna: informe sobre el saber* (p. 131617). Planeta-Agostini.
- Massaro, R. (4 de oct, 2016). Austin's Butterfly: Models, Critique, and Descriptive Feedback. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=E_6PskE3zfQ
- Meirieu, P., & Olcina, E. (1998). *Frankenstein educador*. Barcelona: Laertes.
- Nardodowski, M. Brailovsky., D. (2006) *Dolor de escuela*. Buenos Aires, Prometeo.
- Nardodowski, M. (2016) *Un mundo sin adultos*. Buenos Aires, Debate.
- Pennac, D. (2007) *Mal de escuela*, Buenos Aires, Literatura Mondadori
- Rancière, Jacques (2003), *El maestro ignorante*, Barcelona, Ed. Laertes.
- Recalcati, M. (2016). *La hora de clase: por una erótica de la enseñanza* (Vol. 504). Anagrama.
- Rivas, A. (2014). *Revivir las aulas: Un libro para cambiar la educación*. Debate.
- Robinson, K. (2015) *Escuelas creativas*. Buenos Aires, Grijalbo
- Romero, C. (2010) *La escuela secundaria entre el grito y el silencio. Las voces y los actores*. Buenos Aires, Noveduc
- Romero, C (2009) Compiladora. *Claves para mejorar la escuela secundaria*. Buenos Aires, Noveduc

- Satulovsky, S., & Theuler, S. (2009). *Tutorías, un modelo para armar y desarmar* (Vol. 4). Noveduc Libros.
- Scialabba, A. (2006). *¿Se está muriendo la escuela? La responsabilidad de la aparición de las nuevas tecnologías y las nuevas realidades sociales en la redefinición de la escuela*. Dolor de Escuela, 95-106.
- Seitún, M., & Di Bartolo, I. (2019). *Apego y crianza: Cómo la teoría del apego ilumina la forma de ser padres*. GRIJALBO.
- Shulman, L. S. (2011). *CONOCIMIENTO Y ENSEÑANZA: FUNDAMENTOS DE LA NUEVA REFORMA*.
- Steiner, G. (1999). *La barbarie de la ignorancia* El Taller de Mario Muchnik.
- Tapscott, D. (2009), *Grown up digital*, McGraw Hill, Toronto.
- TED. (3 de may, 2013). Rita Pierson: Todo niño necesita un campeón. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=SFnMTHhKdkw>
- Terigi, F. (2008). "Los cambios en el formato de la escuela secundaria argentina: por qué son necesarios, por qué son tan difíciles" en *Propuesta Educativa*, 1 (29), pp. 63-71.
- Terigi, F. (2013). *VIII Foro Latinoamericano de Educación: saberes docentes: qué debe saber un docente y por qué*.
- Torrecilla, F. J. M., & de Becerra, F. C. (2006). *Estudios sobre eficacia escolar en Iberoamérica: 15 buenas investigaciones*. Convenio Andrés Bello.
- Vanier, J., & Villegas, J. S. (1995). *Cada persona es una historia sagrada*. PPC.
- Viel, P. (2009). *Gestión de la tutoría escolar*. Noveduc Libros.
- Williams de Fox, S. (2014). *Las emociones en la escuela. Propuestas de educación emocional*.

Anexos

Anexo 1: La mariposa de Austin

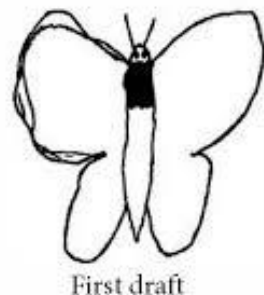
La educación busca lograr que el estudiante pueda dar lo mejor que tiene para dar y para ello se necesita que tenga confianza en sí mismo, guía, apoyo y feedback; cercano, constructivo y permanente de su educador y de sus compañeros. Es en este vínculo entre el educador y el estudiante en donde se constituye un círculo virtuoso de mayores aprendizajes y crecimiento sin límite. La seguridad en sí mismo es la que permite al estudiante tomar lo que otros le aportan empujándole a ir por más.

Para ejemplificar sobre este modo de vincularse que genera este círculo virtuoso vamos a tomar la historia “La mariposa de Austin” que analiza el educador Ron Berger. (Ramiro Massaro, 2017)

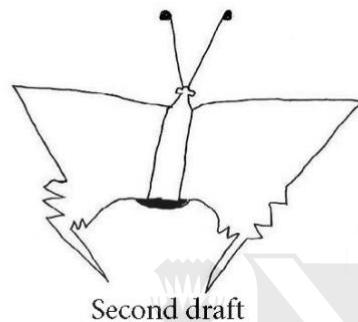
Esta es la historia de un niño de primer grado, Austin, en su clase estaban estudiando mariposas y cada estudiante tiene que profundizar en una. Austin elije la mariposa llamada Tigre Golondrina.



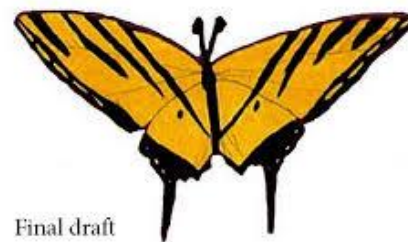
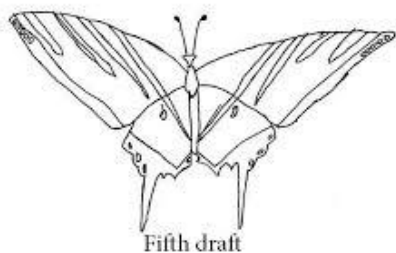
Austin tenía que usar esta imagen como su modelo y hacer un dibujo científico a partir de ella. Su primer dibujo fue el siguiente:



El docente valoró lo hecho y lo invitó a mejorarlo. Le dijo: “Es un buen comienzo, pero podemos mejorarlo”. Los compañeros se sentaron en ronda frente a los dibujos de Austin y dijeron de manera específica y concreta en qué aspectos se podía mejorar el dibujo. La forma de las alas, las curvas, las puntas, etc. Austin hizo el segundo borrador teniendo en cuenta los comentarios de su docente y sus compañeros.



Vemos que el dibujo se hace más detallado respetando la realidad de la mariposa. Austin escucha lo que le dicen y quiere seguir mejorando su dibujo, así hace una tercer, cuarta, quinta sexta y última versión.



El progreso es sorprendente. Austin aprendió que se puede mejorar cualquier cosa que hagamos haciendo nuevas versiones. Austin persevera y logra realizar un dibujo fiel de la mariposa a la que buscaba conocer científicamente. Escucha el feedback honesto de su

docente y de sus compañeros, un feedback específico que busca que él siga intentando y mejore cada vez más su desempeño y su aprendizaje.

En una educación cercana un estudiante pueda recibir retroalimentación permanente para mejorar, progresar, desarrollar y crecer, pero en primer lugar debe existir un vínculo de confianza con aquellos que critican o evalúan su recorrido.

La evaluación formativa constante y específica es muy poderosa en el aprendizaje. Solo puede evaluar formativamente un docente que tiene un vínculo cercano, que conoce a su estudiante y el camino que esta recorriendo. Anijovich y Cappelletti (2017) dicen que: “la evaluación es una oportunidad para que los alumnos pongan en juego sus saberes, visibilicen sus logros y aprendan a reconocer sus debilidades y fortalezas.” (pp. 13). Solo un docente cercano es capaz de ofrecer una apropiada retroalimentación a los diversos estudiantes, y de contribuir en el aprendizaje y desarrollo de ellos mismos. Las autoras plantean que en la interacción dialogada, formativa con el docente el estudiante es llevado a reflexionar, recibe orientación y comprende que es capaz de mejorar su trabajo para encarar tareas desafiantes y lograr aprendizajes significativos.

Es la confianza entre el estudiante y su educador lo que permite seguir adelante y mejorar sus logros. El vínculo cercano con el educador que esta presente a su lado a lo largo del recorrido sirve para alentarle, proponerle nuevos intentos de su trabajo y buscar no conformarse con una primera versión que se encuentra lejos de lo que puede llegar. En el desarrollo de los estudiantes siempre hay un más a buscar.

Luego de ver progreso en las primeras presentaciones, a Austin se le siguió pidiendo nuevas versiones. Ante todo siempre se valoró lo que iba presentando, aquellos aspectos en los que el avanzaba y tuvo el respaldo de la confianza en si mismo como para poder reconocer las limitaciones que su dibujo aún presentaba y seguir mejorando.

Esta experiencia, que abunda en la escuela, es una oportunidad para aprender algo que va más allá de la escuela y puede servir para el resto de la vida. La idea del aprendizaje como un proceso en el cual uno reconoce que puede mejorar continuamente con la guía, ayuda y la retroalimentación de los otros. Al igual que le sucedió a Austin, la primer entrega puede encontrarse lejos de nuestras capacidades. Resulta difícil creer que la primer y última entrega de la mariposa es del mismo niño.

Pedirle a un estudiante permanentemente una mejor versión de sí mismo es aquello que el educador debe buscar. Si el vínculo entre educador y estudiante es cercano, una cercanía simple y sincera, el estudiante puede confiar en el mismo, recibir retroalimentación y apoyo, para realizar un trabajo que le permita crecer sin límite y sentirse poderoso para seguir haciéndolo.

Podemos ver este mismo tema planteado en el personaje Jesse Pinkman de la reconocida serie de televisión “Breaking Bad”. (Vince Gilligan, 2008, Netflix)

Jesse es un personaje herido y perdido en la vida que tiene capacidades brillantes y es capaz de aprender y superarse a sí mismo.

Su aprendizaje se da en la coacción de metanfetamina, sustancia que destruye las vidas de aquellos que la consumen por lo que lo que Jesse hace no puede considerarse valioso, por el contrario podría decirse que es una creación destructiva para sí mismo y para los demás.

La escena que queremos tomar para analizar tiene íntima relación con lo que acabamos de plantear en *La mariposa de Austin*. En la escena Jesse recuerda y relata, en su grupo de recuperación de las adicciones, aquella única vez que un educador, Mr Pyke, con una simple invitación a más incentivó y reconoció su capacidad de realizar algo valioso y logro que Jesse de más de sí mismo consiguiendo que él confiara en sus posibilidades.

La escena se desenvuelve de la siguiente manera:

“Lider del grupo (Jere Burns): Jesse, last time you seemed pretty down about your job at the Laundromat. Let me ask you something. If you had the chance to do anything you wanted, what would you do?”

Jesse (Aaron Paul): Make more green, man, a lot more.

Lider del grupo: Forget about money. Assume you have all you want.

Jesse: I don't know. I guess I would make something.

Lider del grupo: Like what?

Jesse: Not that it even matters, but... work with my hands, I guess. Building things, like... carpentry or brick laying or something? I took this vo-tech class in high school, wood working. I took a lot of vo-tech classe because it was just a big jerk-off, but this one time I had this teacher name of... Mr. Pike. I guess he was, like, a Marine or something before he got old. He was hard of hearing. My project for his class was to make this wooden box, you know, like a small... just like a... like a box, you know, to put stuff in. So I wanted to get the thing done just as fast as possible. I figured I could cut classes for the rest of the semester, and he couldn't flunk me as long as I, you know, made the thing. So I finished it in a couple days. It looked pretty lame, but it worked, you know,

for putting stuff in or whatnot. So when I showed it to Mr. Pike for my grade, he looked at it and said, "Is that the best you can do?"

At first I thought to myself, "Hell, yeah, bitch. Now give me a D and shut up so I can go blaze one with my boys." I don't know. Maybe it was the way he said it, but... it was, like... He wasn't exactly saying it sucked. He was just asking me honestly, "Is that all you got?" And for some reason I thought to myself, "Yeah, man, I can do better", so I started from scratch. I made another, then another, and by the end of the semester, by, like, box number five, I had built this thing. You should've seen it. It was insane. I built it out of Peruvian Walnut with inlaid Zebrawood. It was fitted with pegs, no screws. I sanded it for days until it was smooth as glass. Then I rubbed all the wood with tung oil so it was... rich and dark. It even smelled good. You know, you put your nose in it and breathed in, it was... It was perfect.

Lider de grupo: What happened to the box?

Jesse: I gave it to my mom.

Lider de grupo: Nice. You know what I'm going to say, don't you? It's never too late. They have art co-ops that offer classes, adult extension program at the university.

Jesse: You know, I didn't give the box to my mom. I traded it for an ounce of weed."

La escena tiene un final triste consecuente con el desarrollo del personaje a lo largo de la serie. Aún así, él la recuerda y la trae a la terapia como un momento de paz en donde se sintió pleno y dónde se vinculó con sus posibilidades y sus deseos más profundos. Este momento que el recuerda arranca en la invitación confiada de un educador, Mr Pyke, a su alumno Jesse, para que se conecte con algo que le gusta y busque dar lo mejor de sí mismo. Jesse rescata la buena sensación que tuvo cuando Mr Pyke le pregunta si eso es todo lo que puede dar y desde la pregunta lo invita con genuinas y reconocidas por Jesse buenas intenciones a dar más de si mismo y a lanzarse al camino del aprender y gozar haciendo.

Estar cerca del estudiante, confiar en sus posibilidades y tener altas expectativas. (Murillo Torrecilla, 2006) Acompañar al otro para que pueda ser, para que el otro pueda empezar a conectarse con quién es. (Viel, 2009).

Mr Pyke podría haberse conformado con la creación de la primer caja aprobando a su estudiante "deshaciéndose" de él. Pero opta por relacionarse con este estudiante seguramente problemático, y comúnmente rechazado: lo mira de un modo distinto, lo invita, lo convoca, confía en él. Y el estudiante responde a esa mirada. Jesse podría haber hecho el trámite de entregar lo pedido sin más y avanzar en el camino del título. Educador y estudiante pueden responder a lo pedido a su rol en una escuela que se ha corrompido tal como mencionamos en el primer capítulo de la tesisna. (Dubet, 2006).

“So I wanted to get the thing done just as fast as possible. I figured I could cut classes for the rest of the semester, and he couldn't flunk me as long as I, you know, made the thing.”. Una perversión de la escuela donde el alumno busca la manera más corta y eficaz de aprobar la materia, el año escolar, el ciclo. La escuela a la que se asiste únicamente para obtener un certificado habilitante.

Un educador que se hace presente frente a un estudiante y se vincula con él desde la presencia cercana puede cambiar la historia personal de ese estudiante. Vínculo y presencia son nuevamente las claves para transitar la verdadera educación.



Universidad de
SanAndrés